

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XIX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saunier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — N° 486.

SUMARIO.

Soldados franceses de la expedicion de China desembarcando en Tolon; grabado. — El oro en el siglo XIX. — Una boda en los Pirineos. — La madre del soldado. — José Gautherot; grabado. — El capitán John Ericson; grabado. — El teniente John Warden; grabado. — Recepcion de los embajadores japoneses en Tulle-rias; grabado. — Revista de Paris. — Las primeras flores. — Expedicion de Méjico; grabado. — Dos hermanos rivales. — Las aldeas de Francia; grabados. — Un año de matrimonio. — Revista de la moda. — Banquete italiano en el teatro Naoum en Constantinopla; grabado. — M. Victor Juan; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

El oro en el siglo XIX.

Si hubo un siglo que mereció llamarse, y se llamó enfáticamente el siglo de oro, lo cual acontecería en los tiempos prehistóricos, puesto que en los anales conocidos del mundo no tenemos noticia de un periodo que merezca tal calificación, el nuestro, el siglo XIX, merece llamarse el siglo *del* oro por excelencia. Algunos quieren que se llame el siglo del hierro, por el gran uso que hacemos de este metal, y nos anuncian que el siglo XX será el siglo del aluminio, lo cual nos tiene sin el menor cuidado; pero por nuestra parte insistimos en

que se le ha de conocer por el siglo *del* oro, no *de* oro, porque en ninguna otra época se han descubierto en tan rápida sucesion tan enormes cantidades de este metal precioso.

Diez años há aturdió al mundo la noticia de que la California alta, recién arrancada por los americanos del Norte á la debilidad y á la pusilanimidad de los mejicanos, era un vasto *placer* de oro en que este metal se recogía con facilidad inaudita; y no tardaron en emprender el vuelo hácia aquellas favorecidas regiones todos los facinerosos del mundo, anhelantes por realizar en aquel verdadero Dorado la mayor fortuna en el menor espacio de tiempo posible. Apenas había empezado,



Soldados franceses de la expedicion de China desembarcando en Tolon.

si no a calmarse, a regularizarse a lo menos el curso de esta calentura, cuando el descubrimiento del oro en la Australia vino a darle nuevo y poderoso empuje. La riqueza aurífera de la Australia era incomparablemente superior a la de California, que se creía insuperable, y se extraía aun con mas facilidad. El oro yacía despararramado en vastas llanuras, en forma de pedruscos, que no habia mas que recoger y embarcar: y algunas enormes piedras, donde los salteadores fugados de los presidios ingleses solian sentarse para repartir el miserable botín arrancado a solitarios viajeros, resultaron ser casi de oro puro y sirvieron de ejemplo a los moralistas para indicar la ceguedad del crimen, que saca despreciables ganancias de sus excesos, cuando tiene a mano y podria alcanzar con esfuerzos legitimos tesoros inagotables.

Desde entonces los geólogos han prestado una atención especial a esta materia, y han descubierto que el oro es el metal mas abundante de todos los que encierra el globo que habitamos. Muchísimos rios de Europa, Asia y Africa arrastran oro en sus arenas. En la América del Sur, todos los rios, que arrancando de aquella vasta espina dorsal llamada los Andes, dirigen su curso al Este, llevan infaliblemente oro, lo cual prueba la existencia de un gran depósito central no descubierto aun. El Brasil tiene infinitas minas de gran riqueza, como lo son las célebres de San Juan del Rey. El terreno gredoso en que esta fundada la ciudad de Buenos-Aires, la mayor parte del territorio que media entre Santiago y Valparaiso en Chile, y muchas capas de greda de nuestros campos europeos, estan saturadas de oro; pero en forma tan menuda y tan tenazmente amalgamado con la greda, que la extracción no costea el gasto.

Pero todos estos prodigios, dignos de los cuentos de las *Mil y una noches*, y que prueban que las imaginaciones y fantasías de unas generaciones son las realidades prácticas de las que vienen en pos, quedan completamente oscurecidos con lo que los ingleses acaban de descubrir, es decir, no hace todavía dos meses, en aquella parte del continente americano del Norte, a que han dado el nombre de Colombia inglesa. Considerado este país como una región inhabitable casi, y ocupado tan solo por algunas tribus de miserables indios, los anglo-americanos en sus disputas de límites con los ingleses, no tuvieron inconveniente en cedérselo en cambio de regiones al parecer mas favorecidas. Durante muchos años, los únicos blancos que han cruzado a puellas vastas soledades, son cazadores que ganaban una precaria subsistencia con el tráfico de pieles. Pero en pocos días, todo esto ha cambiado como por arte magica. Se ha descubierto en aquel territorio el irresistible íman de la civilización, y hoy la Colombia inglesa vale mas que la California y Australia juntas. El oro se halla esparcido por la vasta superficie como las piedras en un pedregal, y la mas leve excavación basta para sacar a puñados una tierra, que despues de lavada ligeramente se resuelve en oro.

La población ha acudido de California, de la isla de Vancouver y de otras partes; y los trabajadores, casi sin mas instrumentos que las manos, sacan cantidades de oro que equivalen a una ganancia a veces de mil duros diarios. Un simple jornalero gana diariamente diez duros, y los precios de las provisiones han subido a tipos fabulosos. La región aurífera, no solo es infinitamente mas rica que Australia y California, sino que tiene condiciones superiores de explotación. Se compone de mesetas sucesivas, que segun los geólogos, son antiguas playas que ha ido abandonando el mar en el trascurso de miles de siglos, y por cuyas suaves pendientes bajan millares de arroyos, cuyas aguas son tan necesarias para la explotación aurífera, y de que carecen en gran parte tanto Australia como California. Dentro de pocos años habrá en aquella región una población inmensa. Con su acostumbrada actividad, los ingleses estan despachando ya cargamentos enteros de trabajadores, y vemos por los periódicos, que hasta Bancos, cuyas acciones se buscan con avidez, se estan ya creando en Londres para el servicio de una región, que hasta los momentos actuales casi es un desierto. No tardaremos en oír hablar de cargamentos de oro compuestos de cantidades fabulosas que se despacharan de aquel país a la casa de moneda de Londres.

Ahora bien, en vista de esta enorme afluencia del precioso metal, ¿es probable, como muchos temen, que llegue a perder gran parte de su valor, y aun su mayor parte, hasta dejar de ser el signo representativo de la riqueza? La cuestión merece estudiarse, porque si el oro llegase a perder la mayor parte de su valor actual, resultaria en la situación del mundo una revolución de incalculable trascendencia, como lo prueba el hecho de que se harían inmensamente ricos todos los que tuviesen invertidos sus caudales en bienes raíces, mientras que quedarían reducidos a la miseria todos los que viviesen de censos, de sueldos, de pensiones vitalicias y de los intereses de capitales impuestos en fondos públicos.

Nosotros no abrigamos este temor, y creemos que los que lo abrigan llegan a este resultado ratiocinando, lógicamente si, pero sobre analogías falsas que no constituyen premisas aceptables. El temor del profundo trastorno que hemos indicado, se funda en el que resultó del descubrimiento de América, con la rápida baja que experimentó de repente el valor de los metales preciosos al ingresar en Europa los frutos de los saqueos de Méjico y el Perú. Pero las circunstancias del día no se parecen en lo mas mínimo a las de aquella época. Cálculase que Pizarro, despues de apoderarse de las riquezas del templo del Sol en el Cuzco, remitió a España de

un golpe oro por valor de trescientos millones de duros, suma probablemente superior a la que circulaba entonces en toda Europa. Pero esta masa de oro que caía súbitamente en el mercado europeo, no representaba *trabajo*, y no tenia razón alguna de ser, y caía en el centro de una Europa guerrera y no industrial, que no tenia a qué aplicarlo de una manera fecunda y útil. La Europa de aquellos días se ahogó en un oro inmovilizable é inconsumible, y naturalmente la abundancia de la materia disminuyó prodigiosamente su valor.

En el día no sucede nada de esto. El oro no se encuentra explotado ya y acumulado por una serie de generaciones industriosas, a quienes despojan violentamente de él algunas docenas de aventureros. El oro de hoy es fruto del trabajo, único abono que fecunda los productos de la tierra. El explotarlo consume capitales, aunque estos solo estén representados por los brazos del explotador y el tiempo invertido. El producto no es todo él utilidad líquida, como en el caso de Pizarro, sino que hay que rebajar de él el valor del tiempo, el de los útiles empleados, el de la manutención del minero y su familia, y otros elementos quizás mas importantes aun, que se ocurren a todo el que tenga algunas nociones de economía política. Al entrar pues este oro en el mercado, no se presenta como un hongo nacido en una noche y que no tiene significación legitima, sino que representa la remuneración justa de cierta suma de trabajo, el consumo y la absorción de cierta cantidad de productos, que le forman y le señalan su puesto en la suma total de la riqueza circulante, sin perturbación alguna para los demas elementos que la componen. Es una rama que se ha desarrollado naturalmente en el arbol, y que dara sus frutos; no un bosque crecido, que se ha trasplantado violentamente y de repente a una llanura árida, donde es probable que no prendan las raíces y donde su único fruto sera troncos secos para la lumbre.

Al entrar ese oro en la circulación, se halla tambien en una situación completamente distinta de la que ofrecia el siglo XVI. El oro, para ser útil, necesita consumirse, porque como todos los demas productos de la tierra, si no se consume no sirve de nada; y el oro se consume lo mismo que el trigo, las naranjas y los jamones, consistiendo la única diferencia en la manera de verificarse el consumo. Si producimos mas trigo que el que podemos consumir, ya convirtiéndolo en pan para nuestro uso, ya exportandolo, su abundancia será una causa de ruina y no de riqueza, como lo saben bien los labradores españoles de la época en que no teniamos ni población ni caminos. Con población y con caminos, cuanto mas trigo produzcamos mas ricos seremos. El mismo principio se aplica a la producción del oro. En el siglo XVI no tenia mas que dos aplicaciones: las guerras improductivas en que desaparecia el capital, y la construcción de iglesias y conventos, cosas muy buenas bajo el punto de vista religioso, pero que siendo de carácter no reproductivo, inmovilizaban la riqueza.

En el día no es así: ese oro, que ya representa trabajo para adquirirlo, trabajo para satisfacer las necesidades del que lo adquirió y de su familia, se encuentra con un vastísimo, con un ilimitado campo de ocupación fructuosa en las vastas redes de ferro-carriles que se construyen por todas partes, en las obras públicas que por todos lados se acometen, en las multiplicadas industrias que nacen y se desarrollan al rededor de nosotros. Ese oro las activa y las fecunda. No es un grano que se pudre en la tierra, sino que germina, crece, fructifica y da veinte por uno, y si su masa crece en la misma relación en que crecen, estimuladas por él, la población y la riqueza, no hay razón alguna para que su valor relativo disminuya, y hay muchas para hacer creer que se conservara siempre al mismo nivel. El descubrimiento del oro de California y Australia fué un suceso providencial, que vino a sacar a la Europa, juntamente con la abolición de las leyes de cereales y el establecimiento del libre tráfico en Inglaterra, de una paralización comparativa, y a hacer posible el gigantesco desarrollo que han tomado las obras públicas, y cuyos beneficios disfrutamos sin tomarnos la molestia de investigar sus causas.

Para concretar nuestras ideas en un símil, el aumento repentino del oro circulante en el siglo XVI, fué como un río que se sale de madre inesperadamente, que cubre las llanuras y que en vez de fecundar la tierra, arranca las cosechas, derriba las poblaciones y ahoga los ganados. El aumento del oro en el siglo XIX es un manantial fecundo, que se desliza por bien trazados canales, y que lleva a todas partes la feracidad y la abundancia. Cuanto mas aumente la masa de esta corriente, mejor; porque poseemos un terreno ilimitado que fecundar, y todo lo que necesitamos hacer es abrir cada día nuevos canales, y extender el riego benéfico a nuevos territorios, que alimentarán nuevas poblaciones. X.

Una boda en los Pirineos.

Entre dos grandes naciones separadas por una elevada cadena de montañas, se encuentran siempre algunos terrenos ya incultos, ya fértiles, pero neutrales y libres; tierras en que la conquista no ha fijado sus miradas, ó que la diplomacia ha desdeñado como fracciones insignificantes.

Viajando por los Pirineos a través de aquellos deli-

ciosos valles, bajo aquel verde follaje, trepando por aquellos montes en cuya altura se pierde la vista, respirando aquel aire vivificante que duplica las fuerzas, llegamos a una aldea, cuyo aspecto pintoresco no se ha borrado de mi memoria; pero cuyo nombre caprichoso, que no recuerdo bien, no me atrevo a escribir sin temor de equivocarme.

Un enjambre de chiquillos vino a rodearnos a la entrada del pueblo, pidiéndonos todos dinero en el mismo tono y ofreciéndonos ramilletes.

Los habitantes se retiraban de sus faenas campestres, y venian cantando a coro una especie de letrilla que decia así, poco mas ó menos.

Aquí es el dulce y plácido
Imperio de la paz;
Aquí solo se encuentran
Franqueza y lealtad;
Aquí la negra envidia
No pudo penetrar.
« Mas vale la montaña
Que el valle y la ciudad. »

Aquí al pie de la Peña
Se puede dormir
Sobre un lecho de césped
Colgado de arrayan;
La fuente y la cascada
Su arrullo nos darán.
« Mas vale la montaña
Que el valle y la ciudad. »

Aquí no hay damas pálidas
De lánguido mirar;
Pero hay bellas zagalas
De fresca, alegre faz:
Verdad son sus colores,
Sus formas son verdad.
« Mas vale la montaña
Que el valle y la ciudad. »

Un despierto y joven montañés vino a tomar nuestros caballos, y al preguntarle nosotros: « ¿ Estamos en Francia ó en España? » Nos respondió sencillamente: « No; están ustedes aquí. » Esta singular respuesta explica perfectamente la posición de aquella población independiente, que no tenían mas señor que Dios, ni mas jefes que sus ancianos y su cura.

Aquel país pobre tenia sin embargo, como el resto de la creación, por el día su magnífico sol, por la noche sus brillantes estrellas, su brisa de la mañana y sus perfumes de la tarde, sus flores, sus frutos, sus fuentes, sus lágrimas, sus cantares, sus penas y sus amores. No tenían ejército, pero tampoco guerra; carecían de comercio, pero estaban exentos de impuestos; no contaban entre ellos grandes talentos, pero desconocían la envidia. La civilización no les había enriquecido con todas nuestras desgracias.

La hora avanzada, la noche que se venia encima oscura y tempestuosa, hacían imposible la continuación de nuestra marcha. Tomamos pues el partido de dormir bajo aquellos techos cubiertos de oscura pizarra. Y en tanto que una muchacha iba a coger fresas al bosquecillo y a ordeñar leche de cabras, y que otra disponia para nuestra cena truchas recién cogidas en el torrente, examinabamos nosotros con creciente curiosidad cuanto nos rodeaba en aquella agreste y magnífica naturaleza.

Ya admirábamos las cimas cubiertas de nieve ó el aspecto de un valle de flores; ya un pico coronado de elevados pinos; ya una profunda gruta; ya un tranquilo lago.

Complaciase en enseñarnos todos estos detalles nuestro huésped, cuyas facciones regulares, tez morena y negros cabellos resaltaban sobre una manta de colores que llevaba al hombro. Preguntamosle si podíamos encontrar guías para la mañana siguiente, y nos dijo que seria imposible, porque habia boda, y todos los mozos del pueblo hacían falta para la novia.

— ¿ Pues necesita mas de uno? exclamé sorprendido.
— Los necesita todos, respondió tranquilamente el montañés, y se puso a explicarnos la ceremonia de los desposorios, excitando vivamente nuestra curiosidad.

Todo lo que nos decia nos parecia nuevo, porque era primitivo, y la naturaleza es siempre nueva. La música de las mejores óperas tiene sus épocas en que no es de moda, pero los conciertos de las aves se oyen siempre con el mismo placer. Aquellos sencillos habitantes no habian adquirido ni perdido nada. ¿ Y qué les importaban nuestras invenciones, puesto que en ninguna parte se ha inventado ser mas dichosos que ellos lo son, ni amarse mas que ellos se aman? »

Su país y su clima es el único elemento en que pueden vivir. Dejemos al cisne en el lago, al ciervo en el bosque, al montañés en la montaña. Allí trepa de roca en roca, por encima de los precipicios, salta de una orilla a otra del torrente; pero tropezaria en las aceras de nuestras calles, y se hundiria en los arroyos de nuestras ciudades. Temblaba un día cerca de nosotros, apoyado en su báculo, un centenario que habia por casualidad bajado al valle: preguntamosle cómo se encontraba. « En la montaña todavía me encuentro firme, en la llanura ya no valgo nada, » nos respondió. ¡ Inexplicable poder de la costumbre! »

Dormimos tranquilamente, y al rayar el día nos despertaron los tiros de los cazadores prolongándose de eco en eco. Por todas partes se poblaba y animaba la montaña.

Bajaban ligeramente grupos de mozos con la sonora corneta, el baston herrado, la gorra bearnesa y la faja española.

Las jóvenes saliendo de las casitas aisladas se reunian

tambien en grupos: y al verlas correr adornada la cabeza con graciosas cintas color de escarlata, parecian esas ramas de serbal rojo que el viento arranca y precipita desde lo alto de las cimas.

Reunieronse varias tropas cantando esas coplas populares, cuyo principal asunto es el amor ó las hazañas de algun osado contrabandista, y se pusieron en marcha.

Cesaron de repente la marcha y las canciones, y la comitiva desapareció por algunos instantes bajo las verdes retamas: era que todos se arrodillaban al pasar por delante de una cruz elevada á la orilla de un precipicio. Fueron luego alzándose todos mas alegres y bulliciosos, y llegamos en breve al sitio señalado.

Los ancianos, lentos siempre y siempre apresurados, habian llegado los primeros, y esperaban sentados en trozos de jaspes desprendidos de aquellas rocas.

Los niños treparon á los árboles. Acostumbrados á subir á las alturas mas escarpadas, trepan por el tronco recto del pino y del alamo blanco con la ligereza de una ardilla, colgándose como ella de las ramas. De este modo la fiesta que iba á empezar, iba á ser presidida por la experiencia y por la inocencia.

A un redoble del tradicional tamboril los hombres y las mujeres se colocaron en dos filas paralelas, con un orden admirable.

Entonces se adelantó la novia al frente de sus compañeras. Por el lado opuesto los jóvenes, marchando al son del tamboril y de la dulzaina, fueron pasando por delante de ella. Parecia un regimiento desfilando delante de un general rodeado de su estado mayor, ó mas bien delante de una reina joven rodeada de su corte.

El primero era un gallardo montañés, alto y bien formado, y con el traje adornado con muchas cintas de colores. El padre de la novia se le presentó diciendo:

— ¿Le quieres por marido?

— No, respondió ella.

La presentaron el segundo: No, dijo tambien. Al tercero la misma respuesta. Y sucesivamente todos iban siendo presentados por el padre y desdeñados por ella, ya sonrojándose, ya sonriendo, ora con un aspecto grave y conmovido, ora con acento risueño y burlon.

La multitud estaba silenciosa y atenta: fijábanse todas las miradas en la joven, para espiar, por decirlo así, su pensamiento, para ver si cuando sus labios decian que no, sus ojos decian que sí. Me admiraba la delicadeza de las maneras de aquella montañesa en tan difícil momento, y estuve tentado de creer que la coqueteria en las mujeres es mas bien una gracia natural que un defecto inventado para encanto y tormento de la sociedad.

Después de muchas negaciones dulcemente pronunciadas, la joven dijo no en voz tan alta y firme, que se escuchó un murmullo entre los espectadores. Vengábase así públicamente del desden de un joven pastor, á quien habia estado prometida desde la cosecha anterior.

Vino luego un modesto cabrero, que fué desdeñado, aunque con mayor cortesia, y lo mismo todos los demás que le siguieron hasta el último, el cual, seguro de su triunfo, se adelantó con aire tímido. Oyóse el sí previsto, la pareja se asió de las manos, el novio miró orgullosamente á sus rivales, la multitud aplaudió estrepitosamente, el tamboril anunció la marcha para la iglesia, y nosotros tuvimos el gusto de asistir á una boda en una aldea que ni está en España ni en Francia.

La madre del soldado.

Algunos años há vivia entre nosotros, y era muy consultado, el eclesiástico mas popular que hemos conocido. No tenia un momento suyo; su existencia era de los demás; á todas horas le llamaban y á todas horas respondia. Los que habian perdido la tranquilidad doméstica iban á él casi seguros de recobrarla. Su mirada era la de un juez, su aspecto el de un patriarca, y su voz tenia la tierna entonacion de la de un buen padre. Muchos de nuestros lectores le habrán conocido en estos rasgos, porque era un hombre venerable á quien todas las opiniones respetaban. Podriamos aquí estampar su nombre; pero preferimos que nuestros lectores le pronuncien espontáneamente y le bendigan. Su casa era una especie de juzgado de paz. A ella iban á buscar los afligidos un consuelo, los decaídos una esperanza, los grandes una expansion del pecho, y los pequeños un aliento. Y nadie salia de su casa con el corazón comprimido. No se sabe de qué manera en aquella humilde morada quedaban sepultados los deseos de venganza, el rencor, los desamores, y se cosechaban allí perdones, olvidos, conciliaciones y concordias. Le vimos pocos meses antes de su sentida muerte en julio de 1854. Nos llamaba su hijo, y en realidad podiamos llamarle nuestro padre. Un día habiamos sentido aquella especie de fiebre pernicioso de la duda por la que pasan á veces los ánimos, y él nos habia curado: él que sabia abrir la valvula de la fe cuando el alma agotaba sus bríos en vanos y eternos esfuerzos para definir lo infinito.

Cuando le vimos en aquella fecha salian de su cuarto un padre, una madre y un hijo, los tres con los ojos humedecidos. Al despedirse de él le asian la mano y se la besaban, y él casi los reprendia por aquellas muestras de enternecimiento. Y él habia conservado la calma habitual que formaba el distintivo de su carácter. Quisiéramos trasladar aquí breve y sencillamente lo que él nos contó de aquella familia que salia de allí tan conmovida. Aquel padre y aquella madre no tenian mas que un hijo. Vivian de su trabajo como viven los mas de los hombres. El hijo era el cariño y las esperanzas de entrambos. Solamente alguna sombra de descontento ve-

nia á veces á turbar la serenidad de aquella familia. El esposo se quejaba de que no fuese posible que su esposa le presentase de vez en cuando algun ahorro, sino que todo desapareciese en esa especie de abismo sin fondo á que llamamos gastos de casa y que jamas se recobran. Los viveres se encarecen, los alquileres suben, la ropa cuesta un sentido, respondia la esposa, y continuaba equilibrando con las entradas las salidas. Algunas veces el esposo hacia una visita á aquel médico del alma, y este le consolaba diciéndole que á él le pasaba lo mismo, y que habia días en que no podia obtener aquel equilibrio de que él se mostraba quejoso. De suerte que el esposo acabó por avenirse con lo que él llamaba la enfermedad crónica de su esposa.

Pero el hijo crecia. Ya en la hoja del padron era necesario poner con todos sus puntos y señales el año, mes y día de su nacimiento. Ya no se le permitia sino con condiciones muy espinosas ausentarse. Ya los demas mozos de su edad ponian en él la atencion para saber si tenia cierta estatura, si disfrutaba buena salud, y si podia alegar lo que ellos llamaban exenciones para no sé qué cosa. Es decir, que aquel hijo no pertenecia ya á sus padres, sino que le atraia á sí y deseaba tener con él relaciones de intimidad ese otro padre á quien llamamos el Estado. Los compañeros de aquel joven le preguntaban si estaba asociado, y él respondia que solo lo estaba con su propia suerte. Un día le dijeron que ya estaba en las listas; otro día le llamaron para que acudiese con su padre á presenciar el sorteo.

El padre se puso muy triste. La madre, por el contrario, como si no presintiese el resultado de aquel llamamiento, se dedicaba tranquila á sus quehaceres. El hijo estaba sereno. Agil, robusto, bien formado, lleno de salud y de esperanzas, no veia nubes en lo presente, ni en el porvenir celajes. La vida era para él un beneficio recién recibido, del que debía á alguno las primicias, y esperaba que se las pidiesen para entregarlas. El y su padre subieron á una sala en cuyo centro habia dos urnas. En el fondo, ante una mesa, un representante de la autoridad estaba rodeado de dependientes. En torno de las urnas formaban círculo los jóvenes y sus padres ó tutores. Se le pedian á aquel distrito diez y seis mozos. Los sorteables de la primera edad eran en número de cincuenta, y casi todos se hallaban allí agrupados esperando el fallo de la suerte. Una de las urnas rueda y de ellas sale un nombre. Al mismo tiempo la otra urna rueda tambien, se para, y de ella sale un número. Es alto, y el mozo á quien corresponde se va muy alegre. Para cada mozo se repite la misma operacion, y sale un número. Ya pronuncian el nombre de nuestro joven, y al mismo tiempo sale de la otra urna el número uno. El padre toma de la mano á su hijo, y se va con él cabizbajo y meditabundo. Ni una palabra sale de sus labios. Entra en su casa, mira á su hijo, y se deja caer en una silla. Pobre padre, que creia tener en su hijo un sosten y un alivio, y por darle sustento y crianza se hubiera quedado él sin pan y sin abrigo: ahora una suerte fatal le obligaba á desprenderse de ese pedazo de sus entrañas, y le dejaba sumido en la amargura. Cosa extraña, el hijo no se lamentaba, como si estuviere contento con su destino; y la misma madre, resignada, parecia que no hubiese comprendido bien qué era aquello de que se trataba. Y cuando la dijeron que su hijo iba á ser llamado al servicio de las armas, respondió que era necesario consultarlo con el juez de paz de la familia.

Ya saben nuestros lectores quién era el juez de paz. La manera como recibió á aquella familia es lo que deseáramos hacer sentir y expresar con la misma llaneza con que él se complacia en contar lo que le pasaba. Hablaba frecuentemente por similes, y al rematar una cláusula, eran tan exactas sus comparaciones, que nadie preguntaba á quién iba dirigida la enseñanza. Conozco, les dijo, á una madre que por espacio de doce años ha estado pensando en eso mismo que á vosotros os coge de improviso. Esa madre, cuando su niño apenas tenia siete años, venia aquí todos los domingos y depositaba en una arquilla sus ahorros, cuatro reales por semana. Esto es para mi hijo, decia, exclusivamente para mi hijo. Si en llegando á la edad le toca la suerte de soldado y quiere serlo, aquí tendrá su patrimonio, y si quiere redimirse, aquí hallará su licencia. Y la buena madre no decia una palabra á nadie de esa su virtud doméstica, y sufría en silencio las reconveniones de su esposo cuando este se quejaba de que nunca se le ofreciese alguna corta cantidad para reserva. Os voy á decir de qué manera han fructificado los ahorros de aquella digna madre. Y diciendo esto abrió la arquilla y sacó de ella una obligacion de una sociedad de seguros sobre la vida, en la cual le tocaban al mozo ocho mil reales si salia soldado en la época marcada. Este día ha llegado, añadió; seis mil reales, para redimir la suerte; dos mil, para celebrar la feliz idea de la buena madre. El padre y el hijo estaban parados, y miraban á la vez á su juez de paz y á la madre; hasta que esta prorumpió en sollozos, y ellos dieron rienda suelta á un copioso llanto de alegría. Aquí teneis, dijo aquel dechado de hombres buenos, á la admirable madre del soldado.

ORTIZ DE LA VEGA.

Los Hombres útiles.

JOSE GAUTHEROT, HIDROSCOPO.

La aplicacion cada dia mas extendida de las máquinas de vapor, y los progresos de la agronomía incesan-

temente favorecidos por un sistema de riegos inteligentes, han acrecentado en proporciones considerables el uso del agua apropiada á las múltiples exigencias de la agricultura y de la industria. La necesidad de atender á un consumo siempre creciente, ha creado una ciencia nueva, la *hidroscopia* (arte de descubrir los manantiales), y ya algunos de sus adeptos se han dado á conocer por medio de tentativas mas ó menos felices. En efecto, la tierra contiene en su seno á diferentes profundidades numerosas corrientes de agua, estérilmente perdidas. Hacerlas saltar á la superficie de la tierra, es proporcionar bienes sin cuento á las poblaciones que estan privadas de agua, y son muy laudables por lo tanto todas las pruebas que se hacen con ese fin, aun aquellas que no producen resultado alguno.

Entre los émulo del abate Paramelle, el mas célebre y conocido de todos los hidróscopos, figura en primera linea M. José Gautherot, de menos reputacion aun, pero que no tardara en alcanzarla, merced á las muchas pruebas que tiene dadas, y desde hace ya tiempo. Si su nombre ha permanecido hasta hoy en la oscuridad, si no ha atravesado mas pronto los limites de tres ó cuatro departamentos de la Francia, es que por una desconfianza de la envidia y de la malevolencia cuyos ataques ha sufrido á menudo, este hombre útil y modesto ha temido que una publicidad prematura no diese un disfraz de charlatanismo á lo que era sin embargo la pura verdad.

¿Cómo adquirió su ciencia hidroscópica? Esto no se explica sino por una vocacion innata y por el impulso de ese genio familiar que guía á todo hombre atraído por un destino especial. Nacido el 15 de marzo de 1805 en Vellexon, canton de Fresnes-Saint-Mamés (Alto Saona), José Gautherot frecuentó de siete á doce años la escuela de su aldea, donde aprendió á leer, escribir y contar. En cuanto hizo su primera comunión, tomó parte en las duras faenas de su padre, operario minero, que perdió á los diez y ocho años. Continuó trabajando en las minas hasta que cayó soldado, y entonces fué incorporado en el 13º regimiento de infantería ligera. Hallábase de guarnicion en Mezieres, cuando M. Gendarme, uno de los mas ricos maestros de fragua del departamento de Ardenes, que habia tenido ocasion de apreciar los conocimientos prácticos de Gautherot como minero, le rescató del servicio militar y le empleó en el laboreo de sus minas.

Otra vez entregado á sus primeras tareas, los obstáculos producidos por la súbita irrupcion de las aguas para la extraccion del mineral, llamaron su atencion hacia un género de estudio al que nada le habia preparado. Sin mas recurso que sus propias inspiraciones, privado de las nociones mas elementales, pero guiado por un instinto particular, este simple operario minero, á fuerza de paciencia y de observacion, tuvo como una especie de intuición de la estructura interior del globo; el exámen largo tiempo comparado y profundizado de las diferentes capas de terreno y de la naturaleza de la tierra le reveló la ley que preside á la distribucion de las aguas subterráneas, y le dió la certeza de descubrir las mediante la sencilla inspeccion de los lugares.

La muerte de M. Gendarme le dejó sin protector y sin trabajo, y entonces M. Gautherot resolvió entregarse exclusivamente á buscar las aguas subterráneas. Sus primeras pruebas fueron tímidas, pero siempre alcanzó buenos resultados, y así sucedió, que en 1845 habia logrado ya hacerse cierta reputacion en el departamento de Ardenes. A grandes establecimientos de agricultura y de industria les dotó de aguas vivas que aumentaron su prosperidad; y con una grande economia de tiempo y de dinero, multiplicó los riegos haciendo brotar muchos manantiales al través de terrenos calcáreos y dificultosos, á elevaciones considerables. En recompensa de estos servicios, que constan en certificados expedidos por un crecido número de propietarios, agrónomos, fabricantes é ingenieros, el gobierno le concedió en 1846 una medalla de oro.

Gracias á sus acertadas investigaciones, que desde entonces no han cesado un punto, muchas localidades del Este de la Francia se hallan hoy fecundizadas por fuentes completamente ignoradas antes, y que deben á Gautherot; entre otras, citaremos: Sedan (Ardenes) 22,000 litros por hora; Chauvencourt (Meuse); Fains, cerca de Bar-le-Duc (Meuse) 200,000 litros por hora; Saulxures-le-Vannes (Meurthe); Andelot (Alto Marne), 6,500 litros; Liverdun (Meurthe), 4,000 litros; Neufchâteau (Vosges), 11,340 litros; Sionne (Vosges), 30,000 litros; Laxou (Meurthe), 18,000 litros.

Por todas partes las excavaciones hechas han justificado las indicaciones de Gautherot; el agua se ha encontrado á profundidades conformes con sus previsiones y en cantidades á veces superiores á sus promesas.

Su talento y su desinterés fueron á menudo indignamente explotados.

El consejo municipal de un pueblo del Alto Marne habia aceptado por deliberacion oficial, el compromiso propuesto por él de garantir 4,000 litros de agua por hora, mediante una indemnizacion de 40,000 francos. El alcalde asegura á Gautherot que va á practicar gestiones con el fin de obtener la ratificacion del tratado por la administracion superior. Al salir de la alcaldía, el alcalde movido, segun él dijo, por la curiosidad, suplica á Gautherot que le indique al oido el lugar donde cree hallar la fuente, dándole su palabra de honor de que le guardaria el secreto. El alcalde era un rico industrial; Gautherot tuvo confianza en él, y llevándole al terreno explorado, le dijo:

— Aquí está la fuente.

Y luego salió del pueblo, adonde no debia volver sino

después de la ratificación de su tratado. Dos meses habían transcurrido, cuando leyó en un periódico del Alto Marne el anuncio de una adjudicación para el suministro de los encañados de fuente del mismo pueblo. Una sospecha cruza por primera vez en la mente de aquel hombre honrado; corre al sitio que había designado él, y ve á cielo descubierto una sábana de agua que podía dar sobre 12,000 litros por hora. El alcalde, faltando á su palabra de honor, vendiendo la confianza de un pobre obrero de genio, había abusado de su buena fe, y hecho abrir la tierra en el punto señalado.

Gautherot, odiosamente engañado, no pudo obtener más que una escasa indemnización por gastos de viaje, y un certificado del alcalde, donde consta que á él solo es debido el descubrimiento de la fuente.

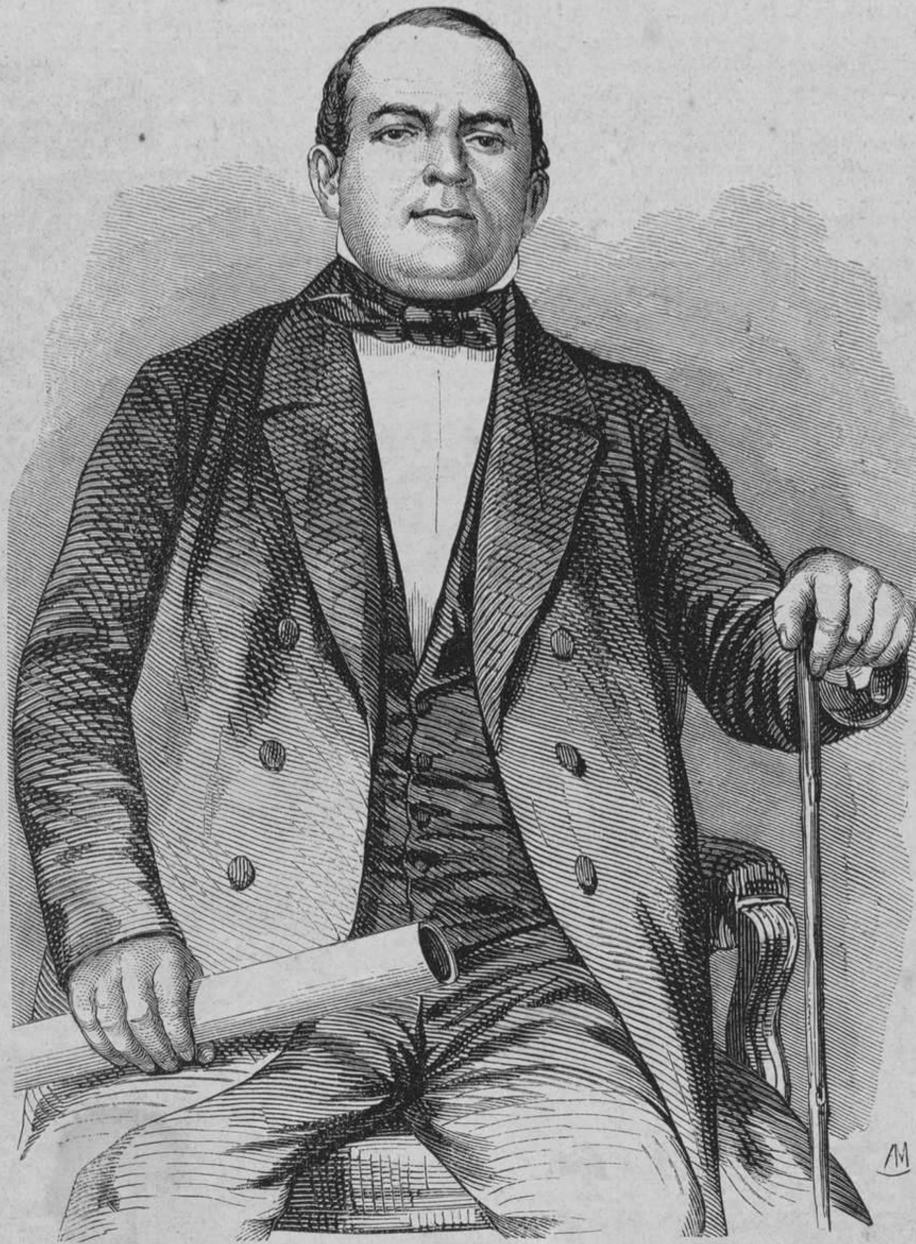
En otra ocasión salió mejor. Había propuesto á un fabricante de paños el proporcionarle, mediante 8,000 francos, 4,000 litros de agua por hora, en su posesión situada á cuatro kilómetros de Sedan, con la cláusula de que renunciaría á toda remuneración si faltaban 100 litros á esta cantidad. El negociante regateó, y acabó por decirle que no creía en el buen éxito de la empresa. Ajado en su amor propio nuestro hidróscopo, modifica sus primeras proposiciones, y se cierra el trato bajo las siguientes condiciones: Gautherot prometía suministrar 4,000 litros de agua por hora, mediante una indemnización de 4,000 francos; si la masa de agua no se elevaba por lo menos á 3,900 litros por hora, la fuente pertenecería al dueño, sin ninguna indemnización; y por su parte el fabricante se comprometía á tomar toda el agua y á pagar la que pasara de 4,000 litros, á razón de 800 francos el metro cúbico.

Así que se firmó el convenio, Gautherot comenzó su obra, y al cabo de un mes de trabajo el agua salta y corre con una abundancia tal, que es aquello un verdadero torrente. El hacendado acude, y no ve sin espanto al hidróscopo y á sus obreros que arrancan con sus robustos brazos todo lo que se opone aun á la libre salida del furibundo manantial.

— ¡Deteneos! exclama, ¡deteneos! ¡eso es demasiado!

— Mas tarde ajustaremos cuentas, le responde Gautherot sin suspender su trabajo; ahora estoy en mi obra y no puedo entrar en discusiones.

Hubo que apelar á la justicia, y al cabo intervino una transacción, por la cual se reconoció que la masa de agua descubierta por Gautherot era de 60,000 litros por hora, y que por lo tanto, el convenio le daba derecho á percibir una suma de 55,200 francos; que sin embargo, Gautherot limitaba sus pretensiones á la cantidad de 12,000 francos que el fabricante se obligó á satisfacer, con más, las costas del proceso; y por último, que la fuente



M. Gautherot, ingeniero hidróscopo.

te pertenecería á Gautherot, y la propiedad pagaría un censo por el agua.

Firmado y cumplido este convenio, Gautherot vendió su fuente por 4,000 francos á un molinero de la vecindad.

Los triunfos obtenidos en Francia desde hace más de quince años por M. Gautherot, debían llamar sobre él la atención de las poblaciones privadas, como en la Argelia, de agua potable en ciertas épocas del año. Allí, según el proverbio árabe, cada gota de agua vale una gota de oro; y es que efectivamente, el agua ha faltado mucho hasta ahora en una gran parte de esa tierra prometida, que el sol calienta incesantemente con sus rayos, y que recela en su seno innumerables riquezas.

Gracias á la inteligente iniciativa de M. Maire, de Nancy, propietario en Argelia, M. Gautherot pasó á Oran, y durante algunas semanas se ocupó en explorar terrenos. En algunos puntos, y particularmente en la propiedad de su introductor, no encontró agua, pero en otros muchos que se creían completamente desheredados, anunció manantiales muy abundantes. Según sus reconocimientos hidrosépicos, las localidades que deberían renunciar á toda esperanza son muy poco numerosas en la Argelia.

M. Gautherot ha señalado: En Mostaganem, una fuente que debe dar de 3,000 á 4,000 metros cúbicos diarios; el agua saltó en efecto, con tanta abundancia, que para acabar el pozo abierto á 7^m 50 de profundidad, hubo que establecer una bomba aspirante que hacían mover catorce operarios;

En Arzew, una fuente que suministra ya 200 metros cúbicos;

En Saint-Denis de Sig, una corriente de agua que pasa á diez y ocho metros de profundidad, y puede formar un riachuelo, desde el pie de los cerros que se extienden sobre los límites de la Union agrícola y de Saint-Denis de Sig.

El alcalde de Oran hizo un trato con M. Gautherot, por el cual este se obliga á suministrar á la villa 1,200 metros cúbicos de agua por día.

A su vuelta de Oran, M. Gautherot pasó algunos días en Argel, y en la rápida visita que hizo á las cercanías de la ciudad, indicó dos manantiales que pueden dar al menos 4,000 metros cúbicos de agua cada veinte y cuatro horas.

En vista de los excelentes resultados de las primeras investigaciones de M. Gautherot, se le confió de orden superior la misión de examinar las cercanías de Constantina, y este examen, hecho en presencia de los ingenieros de puentes y calzadas y de los funcionarios municipales, ha dado, como siempre, los resultados más satisfactorios.

En los primeros días de su llegada á Constantina, á cien metros no más de la puerta de la Brecha, y á diez del mercado del trigo, sobre un terreno que hizo abrir á doce metros de profundidad, M. Gautherot encontró agua potable en cantidad suficiente para abastecer una fuente bastante abundante.

A la distancia de 500 metros del castillo de Djebel-Ouach, especie de receptáculo de las aguas pluviales situado á unos 6 kilómetros de Constantina, se practicaron excavaciones bajo su dirección, á una profundidad de veinte metros, y se descubrió un manantial subterráneo á una elevación de seiscientos metros sobre la ciudad.

Fuera de estas exploraciones hechas en interés público, M. Gautherot procedió á otras muchas en interés privado, y de las cuales señalaremos las siguientes:

En casa de M. Luc, abogado, á un kilómetro Norte de Constantina, halló una fuente á veinte metros de profundidad.

En casa de M. Bienfait, á 2 kilómetros al Sur, otra á cuatro metros de profundidad, que suministra 1,500 litros diarios.

Por último, en una propiedad situada á 50 kilómetros de Constantina, en el camino de Setif, y que pertenece al cuñado de M. Julio Gerard, el célebre cazador de leones, otra á la profundidad de 4 metros, que da 500 metros cúbicos por día.

Al reproducir aquí las facciones de M. Gautherot reseñando al mismo tiempo algunas de sus útiles obras, creemos permanecer fieles á nuestra misión de poner en evidencia el mérito allí donde se encuentre. G. J.

El capitán John Ericson

Y EL TENIENTE JOHN WARDEN.

M. John Ericson, el inventor del *Monitor*, y á quien el gobierno federal acaba de encargar ocho nuevos bu-



El capitán John Ericson, inventor y constructor del *Monitor*.



El teniente John Warden, comandante del *Monitor*.



Recepcion de los embajadores japoneses por S. M. el emperador en el salon del Trono del palacio de Tullerías.

J. de la Cruz

ques con coraza, es sueco de nacimiento, y tiene un nombre conocido de los ingenieros y los mecánicos de todos los países. En 1826 presentó a los sabios de Londres su máquina de llama, que debía obrar sin el auxilio del vapor y únicamente condensando la llama. Sin embargo, dijeron que la máquina no convenía al carbon mineral, y el proyecto fué abandonado. En 1829 la compañía del ferrocarril de Manchester y Liverpool propuso un premio para el inventor de una buena locomotora, Ericson entró en concurso, y produjo una máquina que podía hacer fácilmente 50 ó 60 millas por hora. Los ferrocarriles se hallaban entonces en su infancia, y el público se quedó estupefacto ante la sorprendente invención que permitía viajar con tal velocidad. Pero el invento más célebre de Ericson fué su máquina de aire caliente que sometió al mundo científico de Londres en 1853, y que sirvió luego de motor a un buque de 2.200 toneladas. Este buque, que fué llamado el *Ericson*, hizo felizmente un primer viaje de prueba; pero por desgracia zozobró en el segundo por efecto de una fuerte tempestad.

Con motivo de las felicitaciones que han sido dirigidas a M. Ericson por su construcción del *Monitor*, el célebre capitán ha escrito a uno de sus amigos la siguiente carta que publican los diarios de Boston:

Nueva York 11 de marzo.

«Mi querido Sargent: Os doy gracias por vuestras felicitaciones, y os prometo hacer todos mis esfuerzos para que nos pongamos en estado de no temer a la Europa. Suministradme el dinero necesario y dentro de muy corto espacio de tiempo podremos decir a esos poderes que trabajan en destruir la libertad republicana: «¡Dejadnos libre el golfo con vuestros frágiles buques, ó pereced!» Siempre he afirmado que la ciencia mecánica acabaría con el poder de la Inglaterra en los mares.

«El Océano es la gran vía natural de comunicación entre los pueblos; debe ser libre, y ciertamente lo será por la juiciosa aplicación de las leyes de la naturaleza.

» Vuestro, J. ERICSON. «
El teniente John Warden, que manda el *Monitor* y que obligó al *Merrimac* a retirarse, es uno de los oficiales más distinguidos de la marina federal. P. P.

Recepcion de los embajadores japoneses en Tullerías.

Hé aquí la relación oficial que publica el *Monitor* sobre la recepción de la embajada japonesa en las Tullerías:

«S. E. Takeno-outchi-Simod-zouki-no-Kami, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Taikoun, rey temporal del Japon; Matsdaira-Ywamino-Kami y Kiogock-Notono-Kami, enviados extraordinarios del Taikoun; Chibata-Sadataro, primer secretario, y los principales oficiales de la misión japonesa, han tenido el honor de ser recibidos hoy (14) por el emperador y la emperatriz en audiencia pública en la sala del Trono.

SS. MM., que tenían a su lado a S. A. monseñor el príncipe imperial, estaban en el trono rodeados de los grandes oficiales de la corona, de las damas de honor de la emperatriz y de los oficiales y damas de sus casas.

El ministro de Negocios extranjeros asistía a la audiencia.

S. E. Takeno-outchi-Simod-zouki-no-Kami dirigió al emperador el discurso siguiente, que fué leído en francés, y le entregó las cartas escritas por el Taikoun a Su Majestad:

«Señor: Segun las órdenes de S. M. el Taikoun, tenemos la honra de presentarnos hoy en la audiencia de vuestra Majestad.

«Desde que se ajustó el tratado entre la Francia y el Japon, las relaciones tienden de día en día a desarrollarse más entre estos dos países, y por consiguiente, nuestro soberano nos ha encargado entregar una carta personal a V. M., y expresarle al mismo tiempo la sinceridad de su adhesión y el deseo de que se mantenga el tratado.

«Nuestro soberano nos ha mandado que hiciéramos saber respetuosamente a V. M. que apreciaría sobremanera que la benevolencia imperial consintiera en que la embajada enviada a Europa fuera conducida a su regreso al Japon en un buque de guerra francés.

«Terminamos manifestando que deseamos vivamente el bienestar de V. M. y de su augusta familia, así como la dicha y la prosperidad de la nación francesa.»

El emperador respondió:

«Con satisfacción veo por primera vez en Francia a los representantes del emperador del Japon.

«El tratado que hemos celebrado juntos espero producirá felices resultados para ambos países.

«No dudo que vuestra permanencia en Francia os hará formar idea cabal de la grandeza de nuestra nación, así como que la acogida que recibireis y la libertad que disfrutareis os convencerán de que la hospitalidad es una de las primeras virtudes de los pueblos civilizados.

«Con gusto haré que seais conducidos a vuestra patria en un buque de guerra, y llevareis con el grato recuerdo de vuestro viaje a Europa la seguridad de mi deseo de mantener con el Japon las relaciones más amistosas.»

Un maestro de ceremonias, introductor de embajadores, y un ayudante de ceremonias, secretario en la introducción, fueron en busca de los enviados del Japon y su séquito a su hotel con carruajes de la corte, para conducirlos al palacio de las Tullerías.

La comitiva entró en el patio de las Tullerías por el Arco de Triunfo y la verja de honor. Un batallón de la guardia imperial cubría la carrera.

Después de la audiencia, los enviados del Japon y su séquito fueron conducidos a su hotel con el mismo ceremonial.»

Revista de Paris.

Los embajadores japoneses han marchado a Londres con el fin de asistir a la apertura de la Exposición universal de 1862, acto solemne que debe tener lugar en el momento en que escribimos. Su estancia en Paris les ha dado una ocupación continua. Sucesivamente han visitado los principales teatros, los monumentos, los establecimientos públicos, Sevres, Versalles, en una palabra, todo cuanto hay en esta gran capital digno de ser visto, y por do quiera han dado señales de una admiración razonada é inteligente. Su Alteza Imperial la princesa Matilde y el señor ministro de Negocios extranjeros han dispuesto fiestas en su honor, cuyo lujo y boato les han maravillado. En la imprenta imperial de Paris han encontrado lo que estaban muy lejos de esperar en Francia, una colección de tipos japoneses, con los cuales se imprimió en su presencia una gran hoja de papel, en la que constaba que el día 19 de abril de 1862, bajo el reinado del emperador Napoleon III, los señores embajadores honraron con su visita la imprenta imperial de Francia. Cada miembro de la embajada recibió un ejemplar de este impreso ricamente adornado.

A todo esto, el pueblo de Paris no se ha cansado de buscar y perseguir a Sus Excelencias, ahelosos de contemplarlas. Segun se ha visto, esta curiosidad no les disgustaba, antes por el contrario, les daba margen a satisfacer la suya, pues en tanto que la multitud miraba con sonrisa en los labios los anchos hongos de paja con que se cubren la parte posterior de la cabeza, sus ricos sables y sus puñales cincelados, a ellos les divertía hasta lo sumo el ver los famosos sombreros de copa alta, los recortados paletós, y los lentes con que se engalanan los elegantes.

En los primeros días, creyendo sin duda que la muchedumbre que acudía a la plaza del Palacio Real delante de sus balcones les pedía alguna cosa, hicieron lo que los navegantes europeos han hecho tantas veces con los salvajes, les arrojaron unos puñados de cuentas de vidrio y objetos de quincallería de su país sin valor alguno. Es de pensar que traían una provision de estas menudencias para seducir a los «bárbaros europeos.» Lo más particular es, que han debido marcharse con la convicción de haber acertado, al ver el entusiasmo con que la gente se arrojó sobre los objetos de vidrio, produciendo un tumulto que debió apaciguar la fuerza pública, con gran sentimiento de los japoneses, que celebraban con fuertes risas los empujones y los golpes de aquella batalla.

Un gran acontecimiento teatral que ha hecho olvidar un instante a los embajadores japoneses ha tenido lugar en la Puerta San Martín en la semana última, con un éxito que no ha correspondido ciertamente a lo que el público se había prometido. Nos referimos a la representación de *los Voluntarios de 1814*, pieza que se tituló en un principio *la Invasión*, y fué prohibida por la censura, y que segun rumores, debía suscitar en la población de Paris un descontento tan grande, que las silbas de *Gaetana* y del *Cotillon* habrían sido juego de niños, comparadas con la que iban a recibir estos gloriosos voluntarios. Para dar a nuestros lectores una idea de la avidez con que se deseaba asistir a su primera representación, diremos que se han comprado palcos a seiscientos francos, y sillones a ciento cincuenta. Hasta ha habido fraudes curiosos de señalar, como el siguiente:

Cinco días antes de la función, el empresario recibe una carta firmada por Rothschild, en la cual el célebre banquero le suplica que le reserve un palco.

«Tiene Vd. el palco a su disposición,» responde inmediatamente M. Fournier, y entrega al mensajero la respuesta.

Al siguiente día, el mismo individuo vuelve al teatro con otra carta firmada por Rothschild, en la que le dice que le envíe el billete.

Efectivamente, así lo hizo, y el mensajero pagó su importe.

Ahora bien, la víspera de la primera representación de *los Voluntarios*, M. de Rothschild escribe una carta a M. Fournier pidiéndole un palco, y con este motivo se descubre que las dos cartas anteriores eran falsas.

Se previno a la policía, y el día de la función prendieron a las puertas del teatro a tres individuos que ofrecían a la gente el palco de M. de Rothschild por la modesta suma de 700 francos.

Los tres personajes fueron llevados inmediatamente a la cárcel Mazas.

De aquí se puede deducir que el teatro estaba cuajado de gente, y que esta concurrencia se componía de lo más aristocrático y escogido de la sociedad parisiense. Hasta la una no se acabó la representación, en la que no hubo ni silbidos, ni aplausos, no hubo más que un continuado fastidio. La pieza toda es una epopeya vulgar y vista cien veces, sin ninguna intriga en la acción, sin ningún interés: en suma, es una serie de cuadros tomados de la historia del penúltimo año del Imperio.

Apenas hay un episodio que produce alguna sensación, hija a la vez de un drama palpitante y de un cuadro escénico digno de todo elogio, y es el que representa la defensa de un puente en la Champaña contra el ejército prusiano, por un cuerpo franco de campesinos; acompaña a la acción un coro magistral compuesto por M. Reyher, y que fué perfectamente cantado por una sociedad de orfeonistas.

Otro cuadro había que no produjo ningún efecto, porque la

maquinaria no se hallaba bien corriente aun en aquella primera prueba: el Sueño de Napoleon en la isla de Elba, que se transforma en un inmenso panorama de la batalla de Solferino; pero es indudable que una vez bien arreglada la tramoya, este cuadro será digno de verse y aplaudirse.

Un actor de talento, M. Lacrosonniere, hacia el papel de Napoleon, figura heroica que se presta poco a la escena, aunque esté rodeada del humo de las batallas; únicamente podemos alabar sin restricción a Mlle Lia Felix, que hacia la Francia.

Tal es la historia de la primera noche de representación de *los Voluntarios de 1814*, en la que se temían tantas y tan furibundas tempestades.

Antes de que el mundo aristocrático abandone Paris, tendrá lugar una fiesta organizada por el marqués de Mornay para el 10 ó 12 de mayo a beneficio de los pobres. Es una función dramática en la cual se pondrá en escena un drama célebre, el *Henrique III*, de Alejandro Dumas. Hé aquí, copiada del periódico el *Sport*, la lista de los personajes que se han encargado del desempeño de los papeles para esta función de beneficencia:

«Enrique III, marqués de Mornay. — Duque de Guisa, conde de Grabouski. — Saint-Megrin, vizconde de Magnieu. — Saint-Paul, conde de Balleroy. — Bussy, conde de Ganay. — Joyeuse, baron de Foucaucourt. — Ruggieri, M. Mauricio Cottier. — D'Epéron, de la Gireunerie. — Arturo, conde de Choiseul. — Du Halte, marqués de Miramon. — La Chapelle, Goffin. — Catalina de Médicis, princesa de Beauvau. — Duquesa de Guisa, condesa de Cessac. — Madama de Cossé, baronesa Laurenceau. — María, condesa de Pourtales.»

Para esta solemnidad, que cerrará sin duda las fiestas aristocráticas de la temporada, se está disponiendo un teatro en el picadero del palacio Selliere, el cual podrá contener 1,500 espectadores. Es de creer que la función será fructuosa para los necesitados de esta populosa ciudad donde desgraciadamente más que el lujo abunda la miseria.

Los meses de abril y mayo son en Paris la época principal de los casamientos, y por eso se nota en estos días una recrudescencia de bailes y reuniones, que son por lo regular fiestas de boda, y al mismo tiempo de despedida por parte de los novios.

Durante el invierno se arreglan los enlaces matrimoniales, y en la primavera se realizan. El conocerse y el tratarse se deja para después, sobre todo entre las personas que no consideran la unión conyugal sino como un asunto pecuniario, y preciso es decir que en Paris estas personas constituyen el mayor número. ¿Qué de cálculos se establecen, qué de cuentas se ajustan, qué de «esperanzas,» como se dice aquí, se cuentan y se estiman! Y no se crea que únicamente los novios son aficionados a las cifras, sino que lo son también, y quizá con más ahínco, esas niñas hechiceras, morenas ó rubias, de aspecto angelical, y que se diría no han tenido nunca más que pensamientos poéticos.

La historia de una hermosa jóven, que ha llamado altamente la atención este invierno en los salones de Paris, puede servir de prueba a esta verdad tristísima.

Marta, que así se llama nuestra heroína, tiene veinte años y un millon de dote, y este último adorno, mas que el de su hermosura, la habria hecho encontrar marido hace ya tiempo, si las pretensiones de la familia no hubiesen sido un obstáculo.

Su padre, poseedor actualmente de una fortuna extraordinaria ganada en el comercio, es uno de esos hombres que nunca están satisfechos con los bienes que la Providencia les prodiga.

Hace veinte años toda su ambición se cifraba en alcanzar una elevada posición política; hoy lo que quiere es casar a sus hijas con representantes de la antigua nobleza de Francia. Su hija primogénita se casó con un baron, la segunda con un vizconde, y la tercera y última no se debe casar, segun él, sino con un marqués ó con un duque.

Hasta principios de este invierno ha vivido siempre en una capital de provincia donde solían preguntarle:

— ¿Qué día asistimos a las bodas de la niña?

Y él respondía invariablemente:

— No tenemos prisa ninguna; además, no he hallado aun el yerno que busco.

— Sin embargo, hermosa y rica como es Marta, debe tener pretendientes a montones.

— Es verdad, pero ninguno de ellos me conviene.

— ¿Qué quiere Vd. pues?

— Quiero un personaje, un título.

— ¡Ah! Un baron ó un vizconde.

— No, eso es poco; quiero un marqués ó un duque.

— ¡Diantre! Los duques y los marqueses no abundan.

— Ya lo sé; por eso «estoy en pagar lo que sea necesario.»

Esperaremos, ya he dicho que no tenemos prisa.

No obstante, este plural no era del gusto de Marta, que deseaba encontrar un partido lo más pronto posible.

Excitada por las cartas de sus hermanas casadas en Paris, que le trazaban un cuadro maravilloso de las diversiones que la gran capital ofrece a las jóvenes, Marta suplica a su familia que cambie de residencia, y la decide a establecerse para pasar un invierno en un hotel del barrio de San German.

— ¡Quizá encontraremos aquí lo que buscamos! se dice el padre ambicioso de nobleza para su hija Marta.

Y en efecto los pretendientes acuden al millon como las moscas a un panal de miel. Pero hé aquí que la jóven, desde que pasa las tardes en el bosque de Boulogne y las noches en los bailes y en los teatros; desde que se ve rodeada de una muchedumbre de admiradores de su hermosura y sus caudales, ya no habla más de casamiento, y cada vez que sacan a relucir esta grave cuestión, repite aquella frase que antes la incomodaba tanto:

— No tenemos prisa ninguna.

En esto el padre ve llegar el fin de la temporada, y descontento hasta lo sumo, llama a su hija y la dice:

— Marta, nos has hecho venir a Paris con ánimo de casarte, ¿no es verdad?

— Es cierto, padre mio.

— Pues bien; el invierno se concluyó, estamos en Pascuas, y no te has decidido todavía: yo deseo que nos volvamos a casa cuanto antes, y ya ves que no te puedo llevar estando soltera.

— ¿Y porqué no?

— Porque se burlarian de nosotros. Es de toda necesidad que me indiques cuál es tu gusto; te dejo libertad completa.

— ¡Padre mío!

— ¡Oh! Nada de exclamaciones; resuelve, y que esto se concluya.

— Pero, padre mío...

— Te repito que es inútil me vengas con evasivas. Te pretenden el marqués de A.... y el conde de B...., ¿a cuál de los dos das la preferencia?

— A ninguno: aseguro á Vd. que no me casaré con ninguno de ellos.

El padre se mostró inflexible: Marta pidió ocho días para reflexionar, y al cabo de este tiempo se decidió... no por el marqués ni por el conde, que entrambos la solicitaban por su millón, sino por un rico industrial de su provincia, que había sido desechado porque no era noble, y en quien vió ella por una parte miras desinteresadas puesto que no necesitaba su fortuna, y por otra una riqueza, que unida con la suya, la proporcionaría en París los medios de llevar una existencia ostentosa.

El padre, aunque con repugnancia, cedió, y Marta en la reunión de despedida que dió á sus amigos el jueves último, les ha prometido una serie de bailes y diversiones para el invierno próximo.

De España nos ha venido estos días una noticia digna de ser conocida en París y acaso también en otros puntos, pues el asunto de que vamos á tratar ha tenido eco en muchas ciudades.

Desde hace algun tiempo todos los sellos de correos usados eran recogidos cuidadosamente y pasaban de mano en mano, sin que nadie pudiese precisar con certeza cuál era su paradero definitivo ni para qué se querían.

La fábula que mas se había propagado era que un inglés había ofrecido un dote á una joven pobre, el día en que esta le presentara un millón de sellos inutilizados, con los cuales se proponía tapizar un aposento. Nadie que oía semejante propósito dejaba de entregar su contingente, y de este modo las personas de las clases mas elevadas de la sociedad contribuían á una estafa, si es verdad lo que dicen de nuestro país, creyendo hacer una obra caritativa. En las principales ciudades de España, Madrid, Cádiz, Sevilla, Barcelona, etc., sucedía lo que en París; se recogían los sellos con avidez, y el famoso millón jamás acababa de completarse. Pero hé aquí que de repente anuncian los periódicos que todos esos sellos se buscan para hacerlos servir nuevamente, despues de haberles borrado la estampilla puesta en correos. El gobierno se alarma, y en el día se están practicando indagaciones para saber si hay inocencia ó criminalidad en los directores de una farsa que ha buscado por instrumentos á tantas y tan respetables familias. No dejaremos de dar cuenta á nuestros lectores del desenlace que pueda tener esto, por si acaso pertenecen también al número de los contribuyentes de sellos.

MARIANO URRABIETA.

Las primeras flores.

(Conclusion.)

Que era infeliz: que el recinto
De su mansion adoptiva
Se pagó con amarguras
Del favor que él le debía;
Y que despues de la triste
Mañana de su partida,
Vió una vez al hortelano:
Luego, ni á él ni á Lucía.
Esto fué en el templo santo.
Portador de una misiva,
Por llegar á tiempo, en balde
Se dió el hortelano prisa:
Estaba ya comenzada
La ceremonia temida,
Cuando entró al lugar sagrado
Jadeante de fatiga.
De una columna á la sombra,
Su figura conocida
Ve Alberto, y su sangre siente
Súbito en sus venas fria.
— ¡Tarde es, muy tarde! aquel dice
Ya la escena concluida,
A Alberto hablando, apartados
De la ciega comitiva.
Y entregándole un billete...
¡Pero la culpa no es mia,
Es del cielo!... No hay respuesta
Ya que esperar... ¡pobre niña!
Desapareció; y Alberto,
A la claridad pajiza
De un cirial, leyó impaciente
Estas mal trazadas líneas:
« ¡Yo no sé de mí! Perdóname,
Pero deja que te escriba:
A qué fin, no lo preguntes:
No lo comprendo yo misma.
» Nada espero: ¿qué derechos
Puedo tener á tu vida?
Tú no me has dado ninguno...
Y era tu deber... ¡Ay, misera!
» Culpa es todo de mi engaño:
Yo creí que te tenia

El afecto de una hermana,
Y te lo dije... ¡Oh, mentira!
» Yo ví, me acuerdo, á mi hermano
Como hoy á tí, y ese día
Yo no sentí, como hoy siento,
Que me arrancaran la vida!
» ¡Oh! ¡si aun pudieses!... ¡no, nada!
¡Es delirio, es insania!
¡Ya es inútil toda queja,
Toda esperanza es perdida!
» Pero tú que has agotado
La copa de las desdichas,
¿No sabrás decirme al menos
Qué puedo hacer de la vida?»
Alberto salió á la sombra
Que prestaban las cornisas.
Alguien, no obstante, en sus ojos
Vió lo que ocultar quería.
¿Qué hizo despues? ¿fué á los prados?
No. ¿Tuvo alguna noticia
De Lucía? ¡Ay! ¡sus endechas
Y sus lágrimas lo digan!
— Vedle hoy por vez primera
Bajo la enramada antigua:
El es: suyo era el acento
Que tan doliente gemia.
Era la tarde: la hora
De las memorias sombrías:
La hora en que cantan las aves
De las tinieblas amigas;
En que parece que al cielo
Saucos y palmas se empinan
A dar al sol con sus flecos
Su postrera despedida.
A lo lejos gradualmente
Extinguiéndose ya iban
Los rumores que en su márgen
Oye el Guaire con el día:
La alegre voz de los niños
Que entre sus aguas se agitan;
La del pastor que conduce
Su ganado á la alquerfía:
La del brioso alazano
Por las llanuras tendidas,
Y el latir del gozque alerta
Que su estrecho hogar vigila.
Todo callaba: y al paso
Su imperio á cobrar volvian
Los rumores de las aguas,
De las hojas y la brisa.
La senda por donde Alberto
Ir al pabellon solia,
Muestra, de malezas llena,
Que hoy ya nadie la transita.
Largos trechos que eran flores,
Son hoy charcas detenidas
De aguas lúgubres é inmóviles
Donde los reptiles silban.
Por donde quiera, del tiempo
Las injurias se divisan:
Todo es amarga tristeza
Cuanto fué dulce alegría.
Contempla Alberto aquel cuadro
De soledad y ruinas,
Y siente oprimirle el alma
Una punzante agonía.
En vano quieren sus labios
El dolor que le domina
Exhalar en hondas quejas,
Que hasta de voz él le priva.
Llega al pabellon; da un paso;
Tiembla, vacila y reclina
De un sauco la sien, mas pálido
Que el crepúsculo que huía.
Dentro, ya es todo tinieblas:
Mas nada vela su vista,
Porque de lumbre le sirve
Su propia melancolía.
De pronto, como tocado
De inspiracion repentina,
Se avanza al tronco del árbol
Donde su libro escondia;
Y dél, las zarzas rompiendo,
Toma un papel, lo examina,
Es el canto de Medora...
Pero hay al pié algunas líneas,
Es su letra: es una estrofa
Que ella repitió: — Lucía
Me habla en ella, pensó Alberto,
Por vez postrera en su vida.
« ¡Oye mi último ruego, el mas humilde!
¿Quién condena el dolor por los que mueren?
¡Dame una sola lágrima, una sola,
De tanto amor en recompensa leve! »

En esto hieren su oído
Sonoras armonías
Que á una voz dulce acompañan:
Es que cantan en la quinta.
Él abre ansioso su alma
A aquellas notas trístisimas
Que vienen como á anunciarle
Que ya es ilusion su dicha.
El tiene de ellas recuerdo...
¿Quién las oye y las olvida?
¡Lúgubre coincidencia!
¡Escuchad!... Es « la Lucía. »
Sobre aquel papel mil veces
Y mil sus labios aplica:
Oprimelo fuertemente
Contra su pecho, se agita
Como si romper quisiese
Los lazos de su agonía;
Y al poder del triste canto
Brotar su llanto al fin mira.
— ¡Ay! ¿Dónde hallarte? murmura.
¿Dónde estás, dónde, alma mia?...
— *Ella è morta*, le contesta
La voz doliente en la quinta.
— ¡Muerta! ¡Oh, mi amor, oh, mi ángel!
¡Oh, Lucía! ¡Oh, mi Lucía!
Y el canto clama á lo lejos
Como un eco: ¡*Oh mia Lucía!*
Algo avanzada la noche,
Dejaba Alberto la quinta,
Ya mas serena la frente;
Pero repitiendo iba:
« ¡Brotad y subid al cielo
En las alas de la brisa,
Que aquí ya es vano buscarla,
Gemidos del alma mia! »

Oranger dont la vouë épaisse
Servit à cacher nos amours,
Reçois et conserve toujours
Ces vers, enfants de ma tendresse.
(PARNY.)

En la estacion de las flores,
En la estacion del amor,
Una vez mas quiso Alberto
Visitar el pabellon.
Toda una hermosa mañana
Bajo su sombra pasó:
El ave le dió sus trinos,
El aura le dió su voz.
En torno, por las praderas,
Venturas cantando oyó
Los fortunados amantes
Que gozaban la estacion.
El viento llevó en sus alas
Aquellas notas, veloz,
Y por siempre se perdieron:
Pero las de Alberto no;
Porque amigos del poeta
Todos en los prados son,
Y una palmera en su tronco
Así su canto guardó:
« De abril y mayo las alboradas
Las mensajeras del amor son;
A sus matices, arboladas
Se abren las almas enamoradas:
La de las rosas
Es su estacion.
Es de ver cómo, centelleantes
Los dulces ojos, la faz carmin,
Los rojos labios de amor temblantes,
Trovas cantando van los amantes
Entre los nardos,
Bajo el jazmin.
Yo, como ellos, dulce amor mio,
También al prado llevo mis pies,
También te invoca mi desvarío:
Mas prado, grutas, márgen del río,
Todo lo inquiero,
Y en vano es.
Sitios desiertos en donde un día
Tanta ventura con ella ví,
¡Ay! ¿qué habeis hecho de mi alegría?...
¡Cándida y muerta paloma mia,
Dame tus alas
É iré tras tí!
De abril huyamos las alboradas:
Su gala insulta mi corazon.
¡Cantad, oh almas enamoradas!
La de las rosas en flor tronchadas,
De mis amores
Es la estacion. »

JOSE ANTONIO CALCAÑO.
Caracas, mayo de 1860.

Expedición de Méjico.

LA SOLEDAD. — CAMPO DEL EJÉRCITO MEJICANO.
NOTICIAS DE LA EXPEDICION.

Yendo de Veracruz á Méjico, entre la primera de es-

tas ciudades y Córdoba, un poco antes de llegar al Chiquihuite (principio de las Cordilleras), sorprende agradablemente el aspecto del bonito pueblecillo llamado la Soledad.

Situada en medio de una llanura no cultivada, pero cubierta de una vegetación tostada, donde se ve de trecho en trecho algún arbusto, la Soledad produce un lin-

do contraste rodeada de sus jardines y de campos siempre verdes. Un riachuelo que está como encajonado entre las rocas atraviesa aquella tierra; y un buen puente reúne sus orillas para formar un camino que conduce hacia la capital.

Gracias á los cuidados que se han tomado para desviar esa corriente de agua, á fin de esparcir así durante

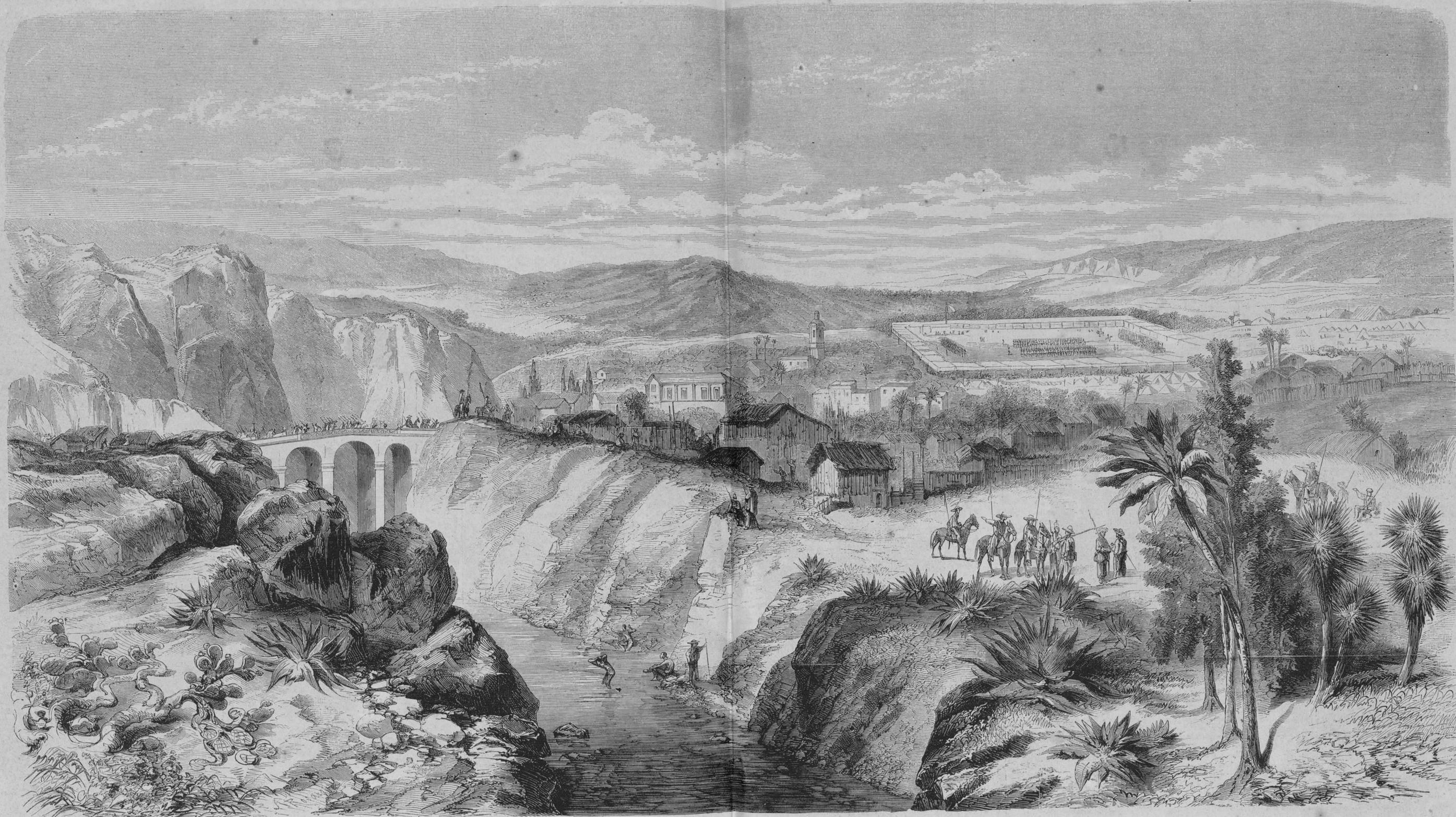
los nueve meses de sequía un abundante rocío en los campos de las inmediaciones, la Soledad, con su bonito campanario y sus casitas blancas, se encuentra en medio de un vergel eternamente esmaltado de flores. En ese punto el general Zaragoza, que manda el ala izquierda del ejército de Oriente mejicano, ha establecido su cuartel general; y allí también se encuentra acam-

pado el grueso de las tropas que forman su cuerpo de ejército. Este campamento se halla sobre un espacio cuadrado; las tropas no tienen tiendas, sino que están al aire libre, y solo se resguardan de los ardientes rayos del sol por unos inmensos toldos que extienden sobre sus cabezas por medio de estacas.

Ya sabemos que en la Soledad tuvo lugar la entrevista

del general Doblado, ministro de relaciones exteriores de la república mejicana, con el general Prim y M. Julien de la Graviere, y que allí se firmaron los preliminares de un arreglo pacífico.

En cuanto á las noticias recibidas últimamente en Europa, no presentan, hasta el momento en que escribimos, el mayor interés; las más curiosas son las que



Expedición de Méjico. — Vista de Soledad y del campamento mejicano.

encontramos acerca de la situación de Méjico en las correspondencias de Veracruz que publica el *Diario de los Debates*:

«Nada se conoce menos entre nosotros, dice una de ellas, que la situación verdadera de Méjico; se ignora hasta la cifra de su población, que es de seis millones y no de ocho como se cree generalmente. Estos se divi-

den en 5,400,000 indios puros ó mestizos, muy morenos, y 600,000 individuos de raza blanca, más ó menos pura. Los indios, esto es, la gran masa de la población, tienen una ignorancia é indiferencia casi completas en política, hasta el punto de que no es raro encontrar en ciertas regiones quienes se creen todavía súbditos de España.

Apenas algunos millares de individuos arrancados á sus faenas por las guerras civiles, y que han salido de su esfera por cualquier evento, toman una parte activa en las luchas que hace tanto tiempo desgarran el país, en provecho de 500 ó 600 caciques, de los que la mitad dicen ser liberales y la otra mitad reaccionarios. El resto, que es el verdadero pueblo, no aspira más que á

trabajar y vivir en paz, y constituye la base sobre que deberá apoyarse el gobierno definitivo y estable que se espera sea el resultado de la crisis actual.»

En otra correspondencia de Veracruz que publica el mismo diario, leemos los siguientes párrafos:

«A nadie se le ha ocultado que el convenio laboriosamente concluido entre las tres potencias interventoras

cuidaba más de precisar lo que no se hará, que de indicar lo que se hará en Méjico. Y en efecto, esto era quizá lo más fácil. Parece como si no estuviesen bien informados de lo que es, no fácil, sino posible en aquel país. Sin embargo, cualesquiera que puedan ser las dificultades de la empresa, una sencilla reflexión no nos deja la menor duda, y es que dos potencias como Francia é In-

glaterra, que tienen además otros asuntos graves entre manos, no se habrán puesto en campaña con grandes gastos ni habrán empeñado ligeramente sus pabellones en una empresa inútil ó imposible.

En cuanto á la tercera potencia, la España, al traer á este asunto un ardor particular, no debía causar á nadie extrañeza. La expedición de Méjico, improvisada por

Francia é Inglaterra, estaba de mucho tiempo prevista por la España, que la preparaba sin misterio en Cuba, y la tenía dispuesta á partir en el momento en que se firmaba el tratado de Londres. El gabinete de Madrid, si no estamos equivocados, dejó entender que obraría por sí solo si no se ejercía la acción por dos ó tres. Esta determinación del gobierno español se explica perfectamente.

Habiendo quedado España sola y última potencia colonial en el mar de las Antillas desde la emancipación de todas las colonias esclavistas; amenazada incesantemente en la posesión de su floreciente isla de Cuba, invadida hasta en plena paz por los filibusteros de la América del Norte, tiene un interés de primer orden en procurarse en el Sur una mejor vecindad. Bajo el doble punto de vista político y comercial, España no puede sino desear á sus antiguas colonias del continente orden, paz y prosperidad. A toda costa el gobierno de la reina Isabel debe impedir que Méjico, en un día de sorpresa y lanzado á un extremo por la miseria y la desesperación, se eche en brazos de la democracia americana.

La Europa toda entera, cuidadosa de lo porvenir, debe velar activamente por lo que pasa al otro lado del Atlántico, y en este terreno es en él que ha debido encontrar la España la simpatía política del gobierno imperial y la cooperación previsora del gobierno británico.»

Dos hermanos rivales.

I.

El 4 de setiembre de 1813 se observaba un movimiento desusado en el castillo de Aignerville, tan triste y solitario durante largo tiempo.

El apresuramiento é interés con que jornaleros y criados trabajaban, demostraba que el corazón presidía á sus trabajos.

La persona que dirigía los preparativos, tanto interiores como exteriores, tenía un aire de contento que no parecía ser la expresión habitual de su fisonomía, impregnada, por decirlo así, de una resignación melancólica y pensativa.

Recorría con el cuidado más minucioso y mejor entendido todos los sitios de aquellos extensos y hermosos jardines, abandonados largo tiempo hacia á los caprichos de la naturaleza.

Indicaba á los jardineros con un gusto exquisito dónde debían colocar las flores más hermosas, y después de cerciorarse de que los estanques que adornaban el parque estaban limpios, dirigieron sus pasos á un riachuelo que bañaba la posesión por la parte del Norte.

Aproximóse con expresión de bondad á un hombre que se ocupaba en limpiar un bote que flotaba en sus aguas transparentes, y le dijo:

— Muy bien, Pedro; veo que habeis seguido mis consejos colocando esos hermosos naranjos cerca del árbol que quiere tanto el conde, porque su madre le llamaba el árbol Mauricio, y fué plantado el día de su nacimiento. Yo era entonces muy jóven.

— ¡Oh, sí! apenas teniais un año, y sin embargo ya prometiais ser muy bonita y muy amable; así es, que todos os aman y os respetan en este castillo.

— Yo trato, Pedro, respondió Teresa, de hacer felices á los que me rodean, porque no quiero que nunca puedan creer que olvidó los favores de mi bienhechora, que me han colocado en una posición más elevada de la que yo merezco. Mando aquí, Pedro, como si fuera dueña de este castillo, y sin embargo, ¿quién soy? La ahijada de la condesa Aignerville, la hermana de leche del señor conde. Estos títulos serian de muy poco valor si no tratase de hacer todo el bien posible en los sitios confiados á mis cuidados.

— ¡Ah, señorita Teresa! ¿creéis que podremos olvidar nunca que desde vuestra infancia habeis sido como de la familia: que la condesa os quería tanto como á una hija; que educada bajo su dirección sois tan instruida, tan perfecta como pudiérais haberlo sido naciendo con el título de condesa que la suerte os ha rehusado? ¿No dijo al morir: Teresa es otra yo? Además, ¿no os habeis consagrado en cuerpo y alma á nuestro querido amo, tan bueno y tan desgraciado?

— Bueno y desgraciado, en efecto, repitió Teresa alejándose. ¡Pobre Mauricio! La suerte ha sido también muy cruel para contigo; en un año has perdido dos seres á cual más queridos; tu cariñosa madre y tu compañera, tu María... á quien yo tenía el valor de amar.

Diciendo estas últimas palabras Teresa trataba de excusar un sentimiento que ocultaba en el fondo del corazón, y que no se atrevía á confesar en alta voz.

— Voy, prosiguió, á volverle á ver después de cinco años de ausencia: voy á abrazar á sus desgraciados niños, ángeles queridos, que han olvidado las caricias de su madre, ¡Y me atrevo á quejarme y á acusar á mi suerte!

El rostro de aquella excelente niña, ángel de sublime abnegación, recobró su aire de tranquilidad y de serena resignación que debía engañar á las miradas del vulgo.

Ver á Teresa y sentirse dispuesto á amarla, aproximarse y simpatizar con ella, era una misma cosa. Se adivinaba que debajo de aquella máscara de tranquilidad y de razón existía un corazón acostumbrado á sufrir, y cuya abnegación no tendría límites el día que quisiera ponerse á prueba.

Teresa era alta; sus blondos cabellos tenían ese tinte

pálido que añade tantos encantos al rostro, y que parece ser propiedad exclusiva de la juventud.

Su talle, tal vez demasiado delgado, era elegante y lleno de distinción.

Sus formas estaban poco desarrolladas; pero esta falta de desarrollo podía más bien atribuirse á padecimientos morales, que no á una constitución enfermiza.

Sus grandes ojos azules tenían una expresión indefinible que deleitaba el alma, porque si bien no había en ellos nada de apasionado, se descubría ese poder de ternura, esa fuerza de sublime y tranquila resignación de que Dios ha dotado á ciertas naturalezas en presencia de una felicidad que no ha sido hecha para ellas.

Teresa cuando niña había amado á Mauricio con todo el candor de la infancia: le protegía como una verdadera hermana lo hubiese hecho con su hermano querido. ¡Tenía un año más que él! Jóven, hubiese querido poderle amar con el abandono que sentía hervir en su corazón, pero que á una hermana de adopción no le era lícito confesar.

El conde de Aignerville no era lo que generalmente se llama un buen mozo: demasiado alto, estaba ligeramente encorvado, con esa curvatura ocasionada por la costumbre de la reflexión, el trabajo ó la debilidad de salud.

Sus grandes ojos negros eran aterciopelados y pensativos.

Cuando su mirada tierna y vaga se fijaba en alguna persona, parecía comunicarla la tristeza que le amilanaba.

Su frente noble, pálida y altanera, se destacaba en toda su belleza, porque sus cabellos negros como el ala del cuervo comenzaban á caerse, y los sufrimientos habían ya blanqueado algunos.

Casóse muy jóven, y su mujer, á quien amaba con toda la efusión de su alma, le dejó viudo y con dos hijos á la edad de veinte y cuatro años.

En la época en que damos principio á esta historia, el primogénito, Carlos, contaba nueve años; Jorge acababa de cumplir siete.

Cinco años habían trascurrido desde que Mauricio quedara viudo, y su dolor, si bien no era tan vehemente como en los primeros tiempos de su desgracia, era sin embargo tal vez más difícil de sufrir.

El conde venía por primera vez á pasar las vacaciones con sus dos hijos en aquel hermoso castillo, donde le esperaban tantos recuerdos dulces al par que dolorosos.

A eso del medio día llegaron al castillo de Aignerville aquel padre tan desgraciado y aquellos hijos tan felices con estar libres.

El conde estaba conmovido.

Recibió bondadosamente los homenajes de respeto é interés que sus criados, acostumbrados á quererle, le prodigaron.

Después de dejar en la escalera á sus hijos, que todos admiraban y acariciaban, manifestó deseos de quedarse solo.

Entró en un espacioso salón donde tantas horas felices había pasado entre su madre y María, á quien lloraba aun como el día en que la perdió.

Sentóse cerca de una ventana que dominaba aquellas extensas y hermosas praderas, cuyo verde esmaltado y cortado por mil arroyos de murmuradoras y transparentes aguas, atraía dulcemente las miradas, infundiendo en el alma esa tinta de poética melancolía, que durante algunos instantes nos trasporta á un mundo ideal.

Cuando más distraído estaba sintió que una mano se apoyaba en su hombro, y que una voz, cuya armonía le tranquilizaba siempre, le dijo:

— Señor conde, mi buen hermano, ¿no quereis lo bastante á la pobre Teresa para permitirle afligirse con vos?

— Eres tú, mi querida hermana, respondió el conde levantándose; eres tú la que como un ángel vienes á agitar tus alas en torno del que sufre, para alejar de él el dolor que le consume.

Y diciendo estas palabras, cogió las frias manos de Teresa que temblaban entre las suyas, abrasadas por una agitación febril, dándole un beso de hermano en aquella frente tan pura que se tiñó de un vivo encarnado.

Su corazón estaba oprimido, y las lágrimas, á pesar de los esfuerzos que hizo para contenerlas, inundaron su rostro.

— Lloras por mí, Teresa, gracias; tu compasión me hace mucho bien; he sufrido demasiado. Estoy muy cambiado, muy viejo ¿no es verdad? Tú al contrario; nunca has estado tan hermosa; estas tranquila, eres feliz, y un risueño porvenir se entreabre para ti, hermana mía. Yo no tengo ya amor, ni esperanza; ¡no me resta más que el olvido y la tumba!

¡Pobre Teresa! ¡cuán pesadas caían estas palabras sobre su corazón! ¡Que no había sufrido! ¡que era feliz! ¡oh! ¡cuánta necesidad tuvo en aquel momento de ese poder de sufrimiento de que el cielo ha dotado á la mujer, para no dejar ver al conde aquel dolor no comprendido, que la consumía y minaba sordamente su alma!

Los niños buscaban á su papá para prevenirle que estaba servido el almuerzo, pero no se atrevían á llamarle; tanto era lo que les imponía su tristeza y su aparente severidad.

Aproximáronse haciendo señas á Teresa, á quien amaban, y esta que las comprendió en seguida, cogió al conde de la mano, y le dijo mostrándole sus hijos:

— Mauricio, mirad á estos angelitos que vienen á anunciaros que os espera el almuerzo. Es necesario que

os arneis de valor, porque teneis el deber de procurar para ellos la felicidad que creéis perdida para vos.

El conde estrechó la mano á Teresa, y maquinalmente siguió á sus hijos al comedor, no permaneciendo á la mesa más que el tiempo necesario para tomar una taza de té, que era su acostumbrado desayuno.

Así que salió del comedor, Carlos, el mayor de sus hijos, se aproximó á Teresa y la dijo con un tono confidencial, que anunciaba una impaciente curiosidad más bien que simpatía por los dolores que empezaba a comprender, pero que su edad le impedía aun sentir:

— Teresa, tú á quien papá quiere tanto, ¿podrías decirnos porqué está siempre tan triste y nos habla tan poco?

— Me preguntais que porqué está tan triste vuestro padre; pues qué, ¿no sabeis, hijos míos, que ha perdido á vuestra buena madre, es decir, al ángel de dulzura y de bondad que le hacía amar la existencia, y que en este instante está rogando por vosotros en el cielo?

Carlos la cogió de una mano, Jorge de la otra, y se la llevaron fuera del castillo.

Durante un largo rato recorrieron las inmediaciones. Las suntuosas y bellas alamedas del parque enarenadas la vispera, las orillas encantadoras del río les parecieron mucho mejores que las del Sena que acababan de dejar.

Admiraron aquellos árboles ricos de follaje y de variadas flores; aquellas hermosas vacas suizas de lustrosa piel; aquellos magníficos corderos llamados *merinos*, que pacían tranquilamente en sus extensas praderas.

Eran felices; aspiraban, si nos es permitido decirlo así, el aire de la libertad.

Si en aquel momento hubiesen recordado las Tullerías, lo habrían hecho con desden.

El castillo de Aignerville estaba edificado en una de esas grandes y hermosas llanuras de poderosa vegetación, como únicamente se encuentran en Normandía, que es el país donde estaba situado. Pero ofrecía un aspecto pintoresco poco común en aquellos sitios en que la hermosura de los campos es casi siempre regular y monótona; tierra sin fisonomía, cuya belleza podría compararse á la de una mujer de elevada y graciosa estatura, aire noble ó imponente, cutis terso y rosado, pero cuyos grandes ojos azules guardasen siempre una expresión de placida calma; belleza que rara vez obtiene la admiración, porque parece estarla recomendando sin cesar.

El conde, sin embargo, parecía poco dispuesto á gozar de su permanencia en aquel sitio verdaderamente delicioso. Su tristeza tomaba cada día mayores proporciones. La mirada atenta de Teresa se fijaba en él, algunas veces con terror. Temía que su razón no saliese victoriosa de aquella lucha para la cual, después que le había vuelto a ver, no le creía bastante fuerte.

Hubiera dado gustosa su vida por devolverle el reposo y la felicidad, y se admiraba del poco valor que los hombres tienen para el sufrimiento. Ignoraba sin duda que el dolor es un accidente en la vida del hombre, mientras que en la de la mujer es una costumbre, por no decir una necesidad.

En este mundo rara vez suceden las cosas con arreglo á nuestras esperanzas. Las vacaciones, durante las cuales Carlos y Jorge pensaban gozar tanto; durante las cuales creía Mauricio encontrar una tregua á sus dolores, se pasaron tristemente. Algunas correrías á las labranzas; paseos á los próximos puertos de mar; muchas visitas á los castillos inmediatos, que el conde se creyó en el deber de hacer, y que produjeron un cambio recíproco de comidas de una duración interminable, hé aquí las únicas distracciones que interrumpieron la monotonía casi monaca del castillo de Aignerville.

Así es, que los niños supieron su próximo regreso á París casi sin sentimiento; y si el día de la partida derramaron una lágrima, fué por Teresa, que les había revelado el amor de una madre; por su libertad, que querían con el mismo entusiasmo que se ansia en la edad madura.

Teresa estudió con el discernimiento del corazón el carácter de los hijos del conde.

Creó observar en Carlos cierta propensión á la envidia, orgullo mezclado de egoísmo, y volubilidad de ideas. Unas veces se mostraba bueno hasta el exceso, y un momento después era malo y descontentadizo; carácter desgraciado que más que ningún otro necesita, para desarrollarse y desechar las malas impresiones, de cuidados continuos y bien entendidos, de los cuidados de una madre.

Jorge era de salud delicada, dulce, cariñoso, impresionable. Su voluntad, si posible es juzgarla en un niño de siete años, debía algún día ser firme y resuelta. Todo inducía á creer que sabría resistir con tranquilidad, con esa fuerza de inercia que consigue casi siempre una victoria, que se negaría muchas veces á la violencia.

Dos meses hacia que el conde Mauricio de Aignerville y sus dos hijos habían regresado á París. El conde así que llegó recobró en su casa de la calle de la Universidad sus solitarias y tristes costumbres, que vino á alterar uno de esos imprevistos acontecimientos, que no son nada en sí, pero que pueden cambiar el destino de una familia. Carlos fué atacado de sarampión, y los síntomas de esta enfermedad contagiosa empezaban á desarrollarse en Jorge.

El conde tuvo miedo; creyó deber llamar á Teresa, cuya bondad conocía y cuya sublime abnegación podría únicamente ayudarle en los cuidados de esta enfermedad, mortal muchas veces durante la convalecencia, por el descuido de los enfermeros.

Dos días despues de esta determinacion, Teresa recibió la carta que sigue:

« Mi querida hermana Teresa: Tus cuidados salvarán seguramente á mis hijos que han sido atacados de una ligera enfermedad, pero que puede llegar á ser peligrosa: espero que tu amistad por mí y tu cariño por ellos, te haran apresurarte. Te espera... tu hermano
MAURICIO DE AIGNERVILLE. »

Apenas concluyó Teresa la lectura de esta carta, corrió á buscar á Pedro, á quien ya conoce el lector, por haberle entrevisto al principio de esta historia.

— Mi buen Pedro, le dijo, acaba de escribir el conde diciéndome que inmediatamente me ponga en camino, y vaya á París á cuidar á sus hijos que están enfermos: esto equivale á decirnos, que en mi ausencia confío el castillo á vuestro cuidado. Os conozco lo bastante para no necesitar hacer otras recomendaciones. Aquí teneis las llaves de las habitaciones y de la caja; tomareis dinero de ella con arreglo á vuestras necesidades y á las de vuestros compañeros.

— ¡Dios mío! ¿qué habrá sucedido á los hijos del conde? exclamó Pedro conmovido.

— No lo sé; no me lo dice; pero cuando me llama, debo apresurarme á partir. Haced aparejar los caballos para ir hasta la ciudad; allí los tomaré de posta.

— Voy corriendo, señorita.

Entre tanto Teresa fué á preparar sus baules. Dos horas despues de este corto diálogo, una silla de posta que conducía á Teresa, corría con rapidez extraordinaria por el camino de París.

Al día siguiente de su partida de Aignerville, Teresa estaba sentada á la cabecera de la cama de los hijos del conde; gracias á sus cuidados, poco menos que maternales, al cabo de poco tiempo sus amiguitos, como ella solía llamarlos, estaban en estado de continuar sus estudios.

El conde estaba cada día mas triste y mas sombrío; rehusaba con una obstinacion increíble cuantas distracciones se le presentaban, única cosa, sin embargo, que hubiera podido darle algun consuelo.

Teresa no tardó mucho en apercibirse de que el dolor de haber perdido á su mujer no era la única causa de aquel abatimiento moral que mataba lentamente á aquel hermano, que ella estudiaba sin conseguir adivinarle.

Un día que parecía mas abatido que de costumbre, si posible era estarlo, resolvió arrancarle su secreto, que sospechaba ser terrible.

Armándose de un valor de que creía carecer, entró con paso temeroso y ligero en la biblioteca, donde el conde estaba solo desde por la mañana.

Teresa pasaba por primera vez del dintel de la puerta sin haber sido llamada por el conde.

Mauricio estaba sentado cerca de la chimenea, con el codo izquierdo apoyado en una mesita cargada de libros y papeles.

Un tomo de las obras de Shakspeare estaba abierto al principio del *Sueño de una noche de verano*. Hojas de papel medio escritas y desgarradas en seguida estaban esparcidas por el suelo, donde se veían tambien un gran número de croquis al lápiz. Estos croquis en su mayor parte representaban cabezas de niños de una notable hermosura. Al pié de aquellos bocetos, en los que Teresa buscaba algunas facciones conocidas, había escritos nombres de mujer: Baufistina, Eleonora, Eloisa, Paulina, Juana, etc.

El conde descansaba su cabeza en la mano izquierda; sus grandes ojos negros que brillaban con un fuego sombrío y desusado, estaban fijos en el fuego de la chimenea de donde salían millares de chispas, porque con la mano derecha, en la que tenía unas tenazas, golpeaba los tizones con una agitacion febril.

Teresa, temblorosa, iba á salirse furtivamente como había entrado, tanto la atormentaba el temor de los reproches que el conde pudiera hacerla, cuando cambió de propósito al oírle pronunciar en voz baja estas palabras:

— ¡Oh, Dios mío! ¡Si supiese el mundo el deseo extraño que se ha apoderado de mi corazón hace algun tiempo! ¡cómo me perseguiría con el ridículo! ¡cómo me trataría de loco! Hé ahí, dirían los amigos (que á pesar de mis disgustos y de mi dolor casi salvaje, conservo aun), ese hombre á quien animábamos en su tristeza con nuestras palabras de consuelo; hé ahí ese conde de Aignerville de quien nos compadecíamos porque le creíamos inconsolable por una pérdida real; ¡cuán locos éramos! nos apiadábamos de un insensato! Y dirían la verdad, según los sentimientos de su corazón.

Callóse un instante, dejó las tenazas, y ocultando la cara entre las manos, empezó á llorar como un niño.

Teresa, anhelante, no se atrevía á dar un paso. El temor la clavaba al suelo.

El conde prosiguió:

— Pero en este mundo ¿no tiene cada uno su pasión? El uno hace mil locuras y compromete su posición y su porvenir por una querida, tan fea física como moralmente. Otro, mas insensato aun, se hace matar por semejante mujer. Y en fin, ¿no se ven jóvenes de noble y rica familia, que van á arriesgar su honor á un dado ó á una carta? Mi pasión es mas razonable, mas santa; lo que yo deseo puedo obtenerlo sin degradacion y sin vergüenza.

Pasó sus manos temblorosas por los cabellos, y continuó:

— Pero nadie me adivinará, y moriré solo con mi secreto. Cuando Carlos ó Jorge lleguen á la edad de la adolescencia se separarán de mí... ya les incomodo... Mientras que...

Los sollozos cortaron la voz, y su cabeza cayó sobre la chimenea con una fuerza tal, que le costó trabajo volver á levantarla; el choque le había privado casi de sentido.

Teresa permaneció inmóvil hasta entonces; pero ante un dolor tan inmenso quedó vencido su temor, y se aproximó á Mauricio con objeto de socorrerle.

— Mauricio, Mauricio, sois muy desgraciado, exclamó; pero si quereis que vuestra hermana, vuestra buena Teresa, como me llamais algunas veces, divida con vos vuestros sufrimientos, decidme, decidme el secreto que causa vuestro martirio: ¡llevado entre los dos será menos pesado!

Mauricio la miró con ojos estúpidos que indicaban el trastorno de su corazón.

Viéndole así, la pobre niña se puso de rodillas delante de él, y cogiéndole las manos que estrechaba con desesperacion, le gritó:

— Mauricio, Mauricio, ¿no me conocéis? Soy yo... Teresa, vuestra hermana.

— Teresa, si, sois Teresa, respondió el conde con voz tan turbada como sus ojos; pero no me habeis adivinado. Me dejareis morir solo como Carlos y como Jorge.

En seguida, levantándose de pronto, y obligando á Teresa por un brusco movimiento á imitarle, la atrajo hácia sí.

— Tú no sabes, mi buena Teresa, la dijo con dulzura, pero sin recobrar la tranquilidad de mirada que indica una razon sana; tú no sabes que ella tambien queria una hija. Una hija para amarla, para adornarla, para rodearla de todos los goces, de todas las alegrías que puede procurar la fortuna. Mira, Teresa; si yo tuviese una hija, haría con ella lo que hubiese hecho Maria. Nada me parecería bastante hermoso; la cubriría de adornos, de encajes, de diamantes; querría que la envidiasen sus mas ricas amigas; querría, en fin, que fuese tan hermosa, que los angeles pareciesen feos á su lado. ¡Y lo sería! ¡Maria tambien lo era!

— ¡Hé aquí el terrible secreto que tanto he buscado! Mas para tener una hija, Mauricio, necesitáis volveros á casar...

No pudo continuar su frase; al pensar en un nuevo matrimonio del conde, se renovaron súbitamente en su corazón los dolores vivos y punzantes que había sufrido tantas veces.

Cayó otra vez de rodillas á los piés de Mauricio con las manos cruzadas delante del pecho, y los ojos fijos en los de aquel.

— ¡Quereis una hija, señor conde! Pues bien, estad tranquilo; mi abnegacion sabrá procurársela.

Mauricio no la comprendió, porque la vió alejarse con el aire de un hombre que sorprende con un amante á la mujer que ha creído siempre honesta y pura. Lo que únicamente comprendía bien era que Teresa había entrado en la biblioteca en el momento en que estaba bajo la influencia de su monomania, y que había sido testigo de lo que deseaba que todo el mundo ignorase.

Mas de un mes trascurrió sin que Teresa y Mauricio se dijese otra cosa que esos cumplimientos vacíos de sentido, que son generalmente la conversacion de los que el pueblo suele llamar afortunados.

Teresa salía con frecuencia, con tanta frecuencia, que el conde, á pesar de la confianza que en ella tenía, á pesar de conocer sus principios religiosos, de sin igual severidad, que su misma madre le inculcaba, tenía deseos de seguirla. Pensando estaba en poner por obra su proyecto, cuando Teresa entró corriendo en la biblioteca.

La fisonomía de la jóven expresaba la alegría del triunfo.

El conde estaba de espaldas, mas al ruido que hizo al entrar, se levantó, volviéndose en seguida hacia la puerta.

— Mauricio, ya veis que os he comprendido, dijo Teresa cogiendo de la mano y presentándole una linda niña que se ocultaba detras de ella.

El que en aquel momento hubiese visto á Teresa con su aire de candor y abnegacion, no habría podido menos de concederle una sonrisa de admiracion.

Sus ojos brillaban con una expresion de alegría, con una animacion que nunca habían tenido. Su frente estaba tranquila, y en el conjunto de su fisonomía se retrataba el orgullo por la victoria que creía haber ganado.

El conde, al contrario, se aproximó á ellas con aire tan triste como de ordinario; pero al ver la alegría de Teresa no tuvo valor para conservar su aspecto grave y disgustado. Un súbito y retrospectivo pensamiento de ventura, inspirado por el rostro radiante de Teresa y el cándido de su compañerita, hizo asomar á sus labios la sombra de una sonrisa.

La pobre Teresa, feliz al ver serenarse por un momento la frente de su hermano, cogió á Juanita en brazos y la puso en los de Mauricio. Este la recibió maquinalmente; pero no pudo, sin embargo, menos de enconstrarla graciosa y bonita. De pronto su rostro se iluminó con un rayo de alegría... En la fisonomía de aquella niña creía encontrar una semejanza notable con las facciones que había soñado, y que su lápiz trazara tantas veces.

Teresa, que no perdía ningun movimiento del rostro del conde, se adelantó apresuradamente, y empezó á buscar entre los papeles que había encima de la mesa.

Mauricio ni aun siquiera lo observó; tan absorto estaba por las caricias de Juanita, que le pasaba la mano por los cabellos, le besaba, y le decía una porcion de cosas encantadoras para su edad.

Mientras tanto, Teresa seguía revolviendo los pape-

les. De pronto dió un grito de sorpresa y de alegría que hizo volver la cabeza á Mauricio.

— ¿Qué buscas ahí, Teresa?

— El retrato de Juana, respondió Teresa con entusiasmo. Mirad y decidme si no es esta su imagen; y le mostraba el papel que tenía en la mano.

— Teresa, eres un ángel, exclamó el conde, y yo...

Parecía que tenía miedo á acabar de expresar su pensamiento, porque se detuvo, y un estremecimiento recorrió su cuerpo.

— Pero mirad, Mauricio, prosiguió Teresa, siempre bajo la impresion de su triunfo; mirad si no he encontrado de una manera prodigiosa y providencial el tipo creado por vuestra imaginacion. ¿No son estos los ojos, las facciones, la sonrisa que se ven en esta imagen?

— ¡Querida Teresa! exclamó el conde maravillado de la simplicidad de su hermana. La miró un instante y continuó:

— Pero dime, ¿dónde has encontrado esta hermosa niña? ¿cómo ha llegado hasta tí? Ya sabes que nadie tiene derecho á apoderarse de los hijos de otro.

— Ya lo sé, Mauricio; así es que á nadie se la he quitado.

— Entonces, ¿quién te la ha dado?

— Escuchad, señor conde, voy á deciroslo. Recordareis sin duda una pobre huérfana á quien vuestra madre protegía cuando aun éramos niños.

— ¡Clotilde! respondió en seguida el conde; si mal no recuerdo, mi madre la colocó en un convento.

— Precisamente.

— Y bien, ¿qué hay de comun entre Clotilde y esta admirable niña?

— Clotilde es hoy sor Clotilde; y bajo este nombre está colocada en la Inclusa.

— ¿Y es allí donde?...

— Sí, Mauricio; allí es donde he ido á buscar á la hermosa Juanita.

Mauricio hizo un gesto como del que va á hablar.

— No me interrumpais, Mauricio, si quereis saber la historia hasta el fin.

Yo había seguido desde Aignerville correspondencia con ella, y conocía por consiguiente el convento en que estaba; durante la enfermedad de vuestros niños la había olvidado algun tanto; pero así que supe la causa de vuestros disgustos, fui á verla y la participé el secreto que acababa de descubrir. Entonces me hizo entrar en una sala que servía de dormitorio á aquellos pobres seres abandonados por la mala conducta, la miseria ó la muerte, y me dijo: «ya veis que la casa del Señor está bien provista.» En efecto, una treintena de niñas, la mayor de las cuales tendría tres años, se entregaban á los juegos propios de su edad, sin comprender la desgracia que tal vez les esperaba algun día. Las examiné una por una; pero ninguna de ellas tenía las cualidades que mi corazón sentía que necesitabais. Me entristecí: sor Clotilde lo conoció, y me suplicó no me disgustase por no haber encontrado aquel día la niña que deseaba: «Venid á verme con frecuencia, y al fin hallareis lo que buscáis;» raro es el día que no entra alguna en la casa.

— ¡Ah! exclamó alegremente el conde, ¿con que tus salidas diarias no tenían otro objeto que el de ir á la Inclusa?

— Así es, respondió Teresa, y ya veis que no he ido demasiado cuando hasta esta mañana no he encontrado á Juanita, á quien amareis... á quien amais ya; lo leo en vuestros ojos.

— ¡Eres un ángel, Teresa! No cesaré de repetirlo.

Durante este dialogo, Juanita se paseaba por el salón mirando con infantil curiosidad los objetos lujosos esparcidos á su alrededor, y que por primera vez herían sus ojos. Admiraba todo con ese instinto de lo bello que se revela casi al nacer en la mayor parte de las mujeres.

Sus ojos admirados se fijaban con extraordinario placer en las ricas colgaduras que adornaban las ventanas, y sus manitas acariciaban cariñosamente la seda. Retirábase despues, miraba á los cuadros, reflejando perfectamente su rostro las emociones que sentía. Lo que mas la sorprendió fué el grande espejo colocado encima de la chimenea, donde se retrataban los alegres rostros del conde y de Teresa.

Mauricio estaba arrobado, contemplando el éxtasis de Juana.

Teresa volvió á cogerla en brazos, y la aproximó al espejo para gozar del efecto que produciría en ella la vista de su propia imagen, cuando de pronto se oyó en la puerta del salón la voz de Jorge que decía:

— Papá, ¿nos permites entrar?

Sin los ruegos de Teresa, y sobre todo de Juanita, que había reconocido en aquella voz la que la habló cuando entró con Teresa en la casa, el conde no hubiese tal vez accedido, porque desde la muerte de su madre los niños no habían vuelto á entrar en el salón.

Teresa fué á abrir.

Carlos y Jorge se aproximaron temblando á su padre. Jorge fué el que tomó la palabra.

— Veniamos á ver la niña que te ha traído Teresa, y á preguntarte si quieres permitirnos jugar con ella.

Mauricio era tan feliz en aquel momento, que no pudo menos de decirlos:

— Jugad, hijos míos; pero cuidado de no hacer daño á Juanita, que es mas pequeña y mas delicada que vosotros.

— Tengo ya tres años, respondió Juanita con una voz de angelical dulzura.

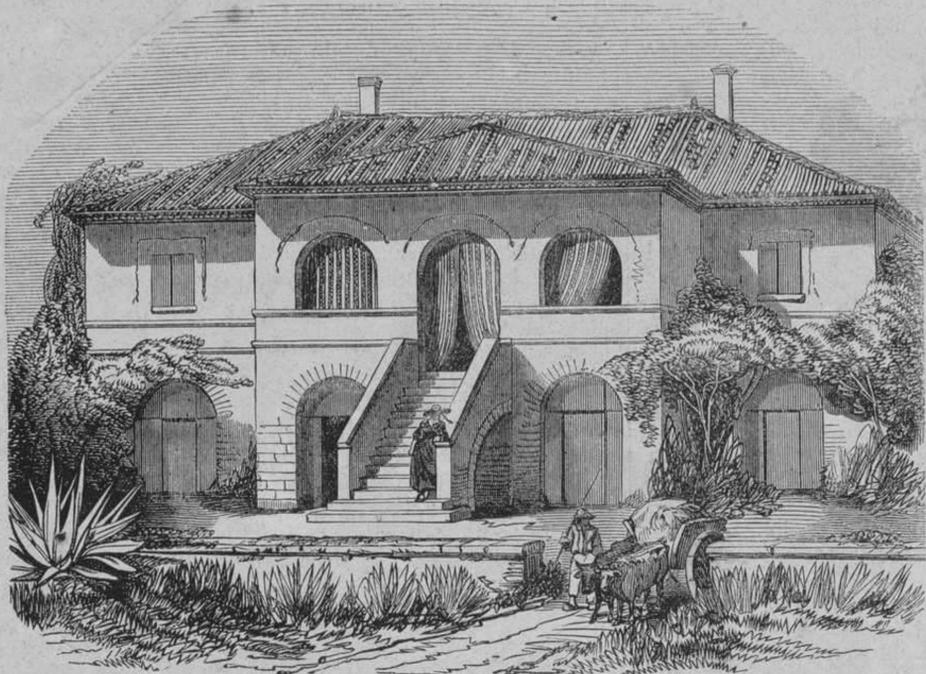
— ¡Pobre niña! dijo el conde tomándola de los brazos de Teresa y sentándola en sus rodillas, ¿quién te ha dicho tu edad?

— Sor Clotilde.
 — ¿Conoces á sor Clotilde hace mucho tiempo?
 — Sí; ella me colocó en casa de una señora, donde me dijo que estaria muy bien, y de donde me alegro mucho haber salido.
 — Pues qué, ¿estabas mal? preguntó el conde.
 — Sí; me pegaba mucho.
 — ¡Qué picara mujer! exclamó Teresa.
 — ¿Y cómo se llamaba esa mujer? preguntó curiosamente el conde.
 — La señora Adela, respondió la niña.
 Este nombre debió despertar en el conde algun recuerdo doloroso, porque su rostro cambió inmediatamente de expresion.
 Teresa se apercibió de ello al momento y le preguntó si estaba indispuesto.
 El conde hizo una seña negativa, y besó á Juanita en la frente.

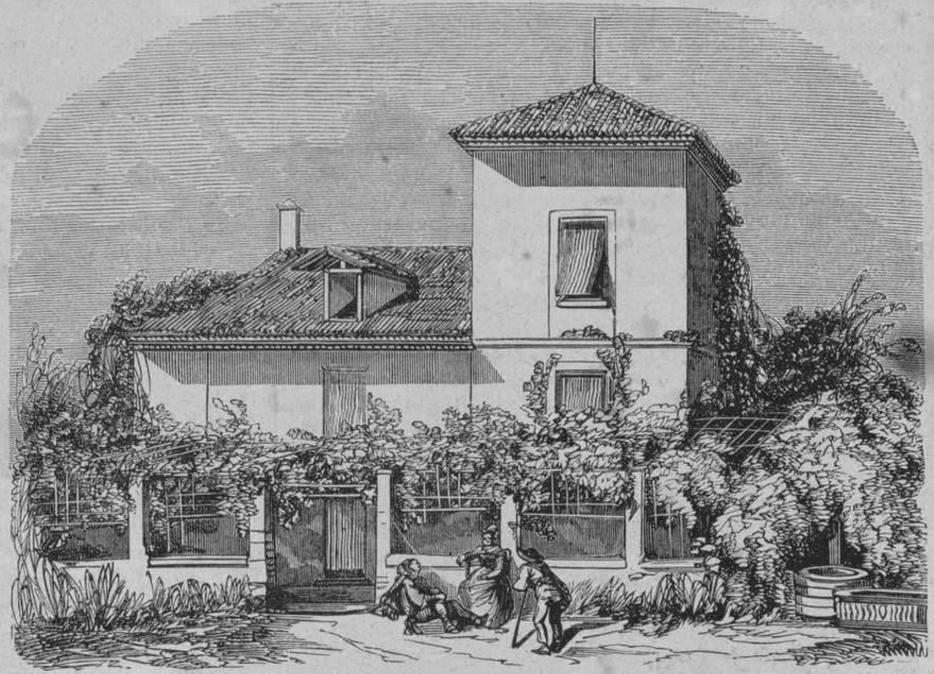


Núm. 1. Casas del valle del Loira.

— ¿Quieres ser mi hija, Juana? la dijo el conde, mirándola fijamente.
 — Sor Clotilde me ha dicho que era hija de Dios, respondió inocentemente la niña.
 — Pero si yo quiero que vivas conmigo, ¿me querrás?
 — Sí, porque sor Clotilde me ha dicho que os quiera.
 Y fijó sus grandes ojos en el conde, que en aquel momento se asemejaba á un alquimista aterrado ante un experimento, cuyo resultado hubiera sobrepujado sus esperanzas.
 Mauricio, radiante de felicidad, puso á la niña en el suelo, y ella corrió espontáneamente hácia Jorge.
 En seguida el conde dió con efusion las gracias á Teresa, y la dijo que el cielo acababa de colmar sus deseos concediéndole una hija, cuyas facciones habia soñado y dibujado tantas veces.
 Carlos y Jorge besaron gozo-



Núm. 2. Granja de la Provenza.



Núm. 3. Casita del Rosillon.



Núm. 4. Casas de los Pirineos.



Núm. 5. Posada del Lautaret, en el Delfinado.

sos á aquella hermana que su padre les daba. Juanita además les arrebató con sus gracias. Pero ¡cosa increíble! cuando Carlos se aproximó á ella para besarla por segunda vez, sobrecogida por una especie de miedo, empezó á gritar, y anegada en lágrimas, corrió á refugiarse en los brazos de Jorge. Hubiérase dicho, viéndola estrecharle contra su corazon, que habia encontrado en él un protector y un amigo.
 El conde y Teresa consiguieron por fin tranquilizarla; pero durante el tiempo que jugó en el salon con los dos hermanos, casi siempre concedió la preferencia á Jorge.
 Le acariciaba pasando sus deditos entre sus hermosos cabellos castaños, y le decia, húmedas aun las megillas por el llanto, con aire de ternura y de coqueteria:
 — ¿Sabes, Jorge, que tu pelo es igual al mio? toma, mira.

(Se continuará.)

Las aldeas de Francia.

El que recorre hoy las provincias de Francia y sigue los nuevos caminos que reemplazan las antiguas vias casi impracticables, halla por todas partes una



Núm. 6. Casita soisonesa.

infinidad de construcciones nuevas en las poblaciones, que son: alcaldías, escuelas, salas de asilo, casas de las hermanas de caridad, presbiterios, y en fin, habitaciones de los labradores ricos, y aun de los simples aldeanos. Examinando de cerca esas diferentes construcciones que acabamos de enumerar, y comparándolas con las chozas antiguas, húmedas, mal cerradas, ahumadas y sin luz, se comprende toda la extension de los progresos obtenidos en estos últimos años. Este contraste vamos á señalar aquí describiendo y dibujando las antiguas chozas y las casas del día, tarea que además de su carácter pintoresco puede ser útil tambien, si lo que ha enseñado en Francia la experiencia se aplica en otros países con igual aprovechamiento de las poblaciones rurales.
 En las aldeas de Francia, como en todo el mundo, la suma de bienestar material que bastaba á los labriegos hace medio siglo, es hoy insuficiente, siendo de creer que en un porvenir próximo las exigencias serán mayores todavía. Los jóvenes aldeanos tienen mas pretensiones que sus antepasados; lo que pareció bueno al padre y á la madre, le parece malo á los hijos. A los ojos de estos últimos, apenas comienza á mejorarse la situacion que deberá desarrollarse, extenderse y aumentar en comodidades incesantemente para satisfacer en parte los deseos de los jóvenes habitantes de los campos.



Núm. 7. Casas de la Champaña pouilleuse.



Núm. 8. Casa nueva y antigua choza de Picardía.

Sin embargo, en el mayor número de las provincias, las aldeas que por milagro se han librado de los desastres del incendio, no muestran á las miradas del viajero mas que un aspecto constante de suciedad, miseria y vejez que parece estar esperando á que el incendio venga á consumir las habitaciones descuidadas hace tantos años; las techumbres están abiertas así como las paredes; las ventanas desquiciadas; los muebles se caen á pedazos; todo en fin, en esas miserables viviendas, se halla entregado al mas completo abandono. Tapar los agujeros y las grietas; sanear la casa y sus inmediaciones, son cosas que parecen estar consideradas como superfluas. Se vive aguardando mas que temiendo una catástrofe que limpie el campo para que se levanten otras construcciones. Esta indolencia culpable se nota sobre todo en las antiguas cabañas, que hasta cierto punto son, ó al menos han sido en realidad mucho mas cómodas que las casas nuevas; parece esto una paradoja, y sin embargo, no hay nada mas cierto. Hé aqui la razon: cuando la casa medio hundida en la tierra se hallaba cubierta con una ancha y gruesa techumbre, las intemperies de las estaciones se sentian menos en torno del hogar, hoy mal protegido en las casas nuevas por el escaso espesor de las paredes y de las techumbres.

En medio de las altas y frias montañas de la Auvernia, de los Vosges y del Jura, los aldeanos montañeses supieron



Núm. 9. Choza del alto Niernais.

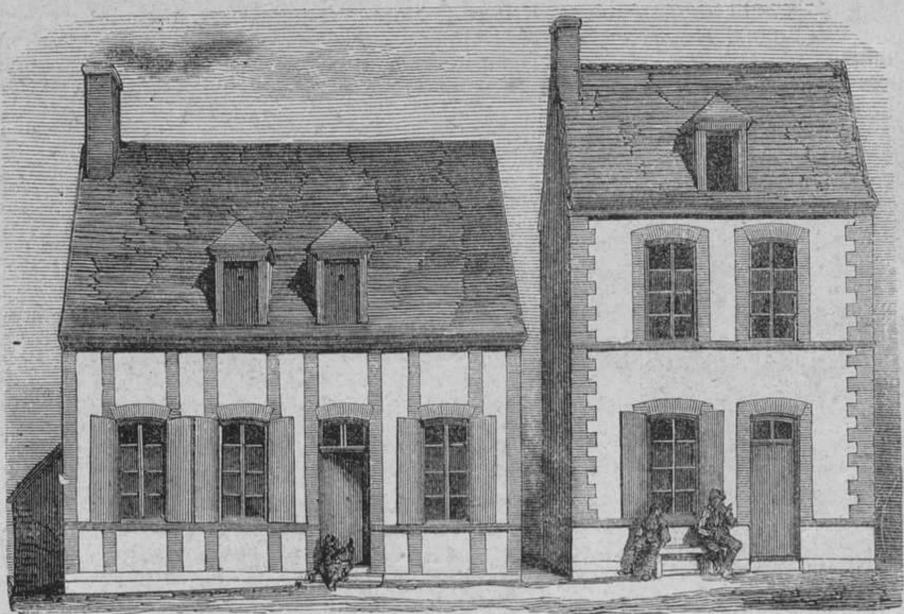


Núm. 10. Choza de Normandía.

precaerse del frio mejor que los labriegos de la Picardía, la Turena y la Champaña. Hé aqui la distribucion secular de las casas de los paises montañosos: la habitacion se halla establecida sobre un terreno bastante inclinado, y de modo que el piso bajo queda enterrado por el lado del Norte. En este piso bajo están las cuerdas, los rediles y los establos, y hay tambien un depósito de agua que no se hiela en el invierno, y que se alimenta con el deshielo de las nieves. Encima, esto es, en el primer piso, cuyas ventanas se abren por lo comun al Mediodia, se encuentran los aposentos de habitacion, coronados con un vasto granero lleno de forraje. Al Norte, al Este y al Oeste se ponen montones de leña menuda á lo largo de las paredes y bajo el abrigo del tejado.

Nuestro dibujo núm. 12 puede dar una idea de las antiguas construcciones rurales en las comarcas frias.

Fácilmente se puede reconocer toda la utilidad de la disposicion de estas casas de las montañas, que pueden verse en la Suiza y un poco tambien en los Pirineos. Pero así como las casitas suizas llamadas *chalets*, es decir, granjas, son dignas de la admiracion de los viajeros, las de los Pirineos, por el contrario, son tristes, monótonas y pesadas en su forma y su construccion. A decir verdad, es el modelo mas triste que ha podido imaginarse, como se ve en nuestro dibujo núm. 4. Sin embargo, estas abominables construcciones son mas abrigadas que las casas nuevas de



Núm. 11. Casas nuevas de la baja Borgoña.



Núm. 12. Choza del alto Delfinado.

la misma region, y que se parecen mucho á las que damos con los números 4 y 8.

En los altos valles del Delfinado y de los Pirineos, las casas mas pobres estan cubiertas de pizarra, y aquí la teja seria un lujo extraordinario. La lamina núm. 5 puede dar una idea bastante exacta del conjunto de las habitaciones aisladas en los altos valles. Paredes bajas y muy gruesas, « agujereadas » con dos ó tres ventanas que alumbran el cuarto de la familia contiguo al establo, un rincon oscuro para las provisiones, y en fin, un espacioso granero lleno de heno, constituyen casi invariablemente la morada del montañés del Delfinado, de los Pirineos y de la Auvernia. La distribucion de las casas establecidas en los valles bajos viene a ser igual: nuestro dibujo núm. 12 presenta su tipo. En el piso bajo se ve la entrada del establo y del redil, anchos espacios subterráneos que no reciben aire ni luz sino por las rendijas de las puertas. Sobre el establo, y para aprovechar su calor, los aldeanos tienen dos cuartos de vivienda separados entre si por una gruesa pared donde se halla establecida la chimenea, cuyo hogar caliente una ancha y alta placa de hierro llamada platina, y que comunica directamente por la cara opuesta con el segundo cuarto donde eleva bastante la temperatura. Esta misma invencion se encuentra en las montañas del Jura y de los Vosges. Un inmenso granero lleno de heno conservado para la estacion de invierno, contribuye á concentrar en la habitacion un calor pesado muy del gusto de aquella gente.

En esas mismas comarcas, las casas nuevas presentan con las antiguas un contraste digno de ser señalado, porque indica las nuevas tendencias al bienestar material, tal como ahora se comprende. El establo, el redil y la cuadra no forman ya parte del cuerpo mismo de la casa de habitacion, que se levanta aislada, y en menores proporciones, aunque menos expuesta tambien á las causas que producen los incendios. El piso bajo y el principal, perfectamente ventilados, se hallan divididos en cuartos de dormir por gruesos tabiques. Las paredes están cubiertas con una capa de cal; en fin, se descubre lo que antes faltaba, la limpieza.

Del Delfinado á la Provenza, no hay mas que una línea fronteriza, y no obstante se nota una diferencia muy marcada en el tipo de las construcciones rurales. Un cuadro comparativo de las casas del valle del Durance, entre Brianzon y Aviñon, ofreceria las oposiciones mas extrañas; el contraste es el mismo que entre un abeto y una oliva. Nuestros dibujos, que todos están copiados del natural, daran á conocer en parte la diversidad de construcción, motivada por el clima mas bien que por los usos y costumbres diferentes de las dos clases de poblacion, que tienen cada una un lenguaje particular.

Los dibujos núms. 2 y 3 recuerdan el tipo adoptado en la Italia meridional y una parte de España.

Si en los países del Norte se hacen paredes gruesas para abrigarse del frio, en las provincias del Mediodia se construyen mucho mas gruesas aun para preservarse del ardor del sol. En la Provenza se hacen los cuartos abovedados de piedra para tener menos calor, y en las montañas se abren aposentos subterráneos para resguardarse del frio. La Provenza es el país de los contrastes mas inesperados: al lado de una habitacion que se parece á las del Mediodia de España ó de Italia, se hallan casas que podrian pertenecer á los climas del Norte. Citaremos dos no mas de estas localidades: es la curiosa aldea de Baux, cerca de Arles, casi enteramente abierta en un gran banco de rocas de una naturaleza tierna, y que parece tener mucha analogia con las famosas cuevas del Loira, formadas de gruesas capas de piedras tiernas llamadas *tufface*, en cuyo centro hay abiertas casas enteras.

Nuestro dibujo núm. 4 representa algunas de las numerosas habitaciones practicadas en las rocas de *tufface*. Quizá hemos hecho mal en elegir aquellas que ofrecen el aspecto mas tosco, en vez de mostrar por el contrario las habitaciones confortables abiertas con la mayor regularidad en medio de las mismas rocas. En estos aposentos subterráneos donde reina siempre una temperatura igual, no hay que temer mas que la humedad, en tanto que en otras muchas localidades, lo que causa continuas alarmas es el fuego.

Nuestro dibujo núm. 7 da á conocer la triste apariencia de esos caserones de madera, que en la Champaña *poilleuse* se elevan de trecho en trecho en medio de los inmensos terrenos ondulados de un color pardo sucio, que se extienden hasta perderse de vista. En esas comarcas que hasta hoy han dejado en un aislamiento completo, se elevan casas en el día que no son inferiores á las de los países mas favorecidos. El ladrillo, la piedra, la pizarra, han sido llevados adonde hacian falta, gracias á las nuevas vias que en todos sentidos atraviesan un territorio donde antes cualquiera podia perderse por falta de caminos.

Las antiguas chozas de la Normandía son tambien de tierra y de madera; pero así como las de la Champaña entristecian al viajero, las de la Normandía acusaban en su sencillez cierto bienestar al gusto de los aldeanos. Ese tipo deberia haberse conservado. A nuestro juicio, el lujo, el refinamiento, lo superfluo, son cosas perniciosas en las habitaciones de la gente del campo, que no deben parecerse á las de las ciudades. Un espacioso granero nos parece mejor que las guardillas que se hacen ahora. Bajo diferentes conceptos, creemos que los albañiles imponen á los aldeanos gastos demasiado crecidos para la construcción de sus casas, y su conservación en buen estado. No obstante nuestras observaciones criticas, nos hemos detenido á menudo delante de las fachadas nuevas de las casas rurales. Varias de es-

tas construcciones recientes son muy bonitas, demasiado quizá, pues la mayor parte de los aldeanos ni necesitan ni saben apreciar ese lujo. ¡Cosa extraña! A medida que los aldeanos se construyen casas cubiertas de tejas, pizarras y hasta zinc, hay habitantes de las ciudades que se edifican chozas de paja y de juncos. De este modo se suele encontrar á poca distancia de una casa cubierta de pizarra y habitada por un simple labrador ó viñador, una de esas habitaciones llamadas chozas, aislada en medio de bonitos céspedes, adornada con flores y arbustos, y habitada por un rico industrial que descansa de sus fatigas, « disfrutando de la paz del campo en una cabaña. » Los muebles son de estilo rústico; las alfombras imitan el musgo y la yerba; los asientos son obras maestras de mimbre y de junco; todo en fin es en esas chozas una imitacion en la que representan el principal papel el zinc, el hierro colado y la pintura.

Entremos ahora en las casas nuevas de los aldeanos, y veremos muchos muebles de madera blanca pintada « que imita la caoba, el palisandro y el ébano, » como dicen los vendedores de muebles: un mobiliario de pátilla reemplaza los viejos y sólidos muebles de otro tiempo; en suma, en todo y por todo, la casa nueva del aldeano quiere ser parodia de las casas de las ciudades.

Véase nuestro dibujo núm. 8 para observar de una ojeada los dos extremos. Pensamos que tarde ó temprano se adoptará un término medio razonable. El aspecto de la miseria entristece; el del lujo causa alarmas.

Hablemos ahora de las antiguas chozas del Nivernais, hacia la region del Morvan especialmente, porque esta comarca que ha permanecido aislada largo tiempo, permite estudiar mejor los usos y costumbres antiguos en lo tocante á las habitaciones rurales.

La mayor parte de las chozas aisladas están precedidas de un corral cuya suciedad es difícil representarse: los carros de cuatro ruedas, con su par de bueyes; los arados y otros instrumentos de labranza, se quedan ahí en medio de los muladares, de las aguas estancadas y de las inmundicias de todo género donde se revuelcan los cerdos y los muchachos. Estos se hallan tan descuidados como aquellos; el uso, la rutina, la pereza lo quieren así en esas comarcas que se resienten todavia de la profunda miseria descrita en términos tan enérgicos por el ilustre mariscal de Vauban.

El dibujo núm. 9 da una idea del aspecto pesado y triste de las casas del Morvan: las hay de una apariencia mas miserable todavia. Es imposible figurarse el estado de vetustez y de podredumbre en que se hallan muchas granjas nivernesas; se diria que sus dueños están esperando estúpidamente á que venga un incendio y acabe con ellas. Un día ú otro llegará esta desgracia, y sobre el lugar de la miserable choza se levantará una hermosa construcción de piedra con anchas ventanas y su techumbre de pizarra ó de teja. El redil, el establo, todo se edificará por el mismo estilo; pero una vez así, ¿los aldeanos tendrán mas apego á la vida en el sitio en que la pasaron sus padres? No por cierto; á una exigencia sigue otra: en las aldeas se quieren hoy todas las comodidades que se disfrutan en las ciudades. Los mozos y las mozas de los pueblos creen alcanzar este resultado viniendo á Paris, aunque sea á servir, porque la vida en Paris es hoy un deseo muy generalizado en toda Francia.

Volviendo á las casas de aldea, señalaremos con particularidad las construcciones llamadas á la soisonesa (véase el dibujo núm. 6). En esta pequeña habitacion vive una familia de artesanos. A nuestro juicio, esa humilde morada, de una ejecución fácil y de una conservación poco costosa, deberia ser propuesta como uno de los modelos de las casitas de hogar destinadas á obreros que no sean labradores.

En estos últimos años se han levantado muchas de esas casitas con dos ventanas de fachada y una puerta en el centro, en medio de las chozas ó á la orilla de los caminos nuevos, y están habitadas por jóvenes esposos generalmente laboriosos y activos.

Independientemente del corredor que divide el piso bajo por enmedio, otro tabique subdivide los dos cuartos laterales y separa estos de útiles dependencias y á veces del taller ó tienda del artesano establecido y con casa abierta. Hoy viven en los campos una porción de obreros de las ciudades que han ido á ejercer allí su oficio ó su industria: un hornillo portátil reemplaza en gran parte el antiguo hogar; actualmente la chimenea es muy pequeña, y á menudo la hemos visto tapiada, y delante una estufa para hacer cocer los alimentos de un modo económico. La leña ha encarecido mucho en las provincias, y apenas se gasta otra cosa que desperdiciós del monte y carbon.

En suma, el antiguo hogar que reunia en su alrededor á toda la familia ya no existe. Ahora forman corro en torno de una estufa incómoda y malsana que el obrero de las ciudades ha introducido en los campos. Las chimeneas que se usan hoy se compran hechas en casa del marmolista; así como tambien se compra toda la ferreteria de puertas y ventanas en los vastos almacenes que desde hace algunos años han tomado un desarrollo considerable. Todas las industrias hallan actualmente en los campos una salida inmensa de resultados de la reconstrucción de las chozas reemplazadas por do quiera con habitaciones que no tienen nada que envidiar á las de las ciudades.

Las antiguas cabañas, tan pintorescas para los artistas que las han copiado hasta la saciedad, van desapareciendo poco á poco, y en su lugar se ven casas, así como las tabernas se cambian en cafés y los mesones en fondas.

V. P.

Un año de matrimonio

POR EMILIA GARLEN.

(Conclusion.)

— Lavinia, habria querido ocultarte este secreto; hasta aqui habia deseado preservarte de este dolor, pero en la actualidad que el consuelo esta en mi poder, hablaré sin rebozo; tu destino se ha encontrado mezclado mas de lo que puedes imaginarte con el de Maria Rhenmann.

— ¡Cómo! ¡Sé que no podeis engañarme, Hermann!

— A fe mia que no; pero ¿no os ha engañado ya otro?... ¡Palideces, mi amor!... ¡oh! ¡no me dejes creer que aun pueda tener alguna influencia sobre tus dolores y tus alegrías!

— ¡Luis! ¡Luis! balbuceó Lavinia.

Su cabeza cayó en sus manos, y un suspiro, uno no mas, se exhaló de su pecho: Hermann se callaba con los ojos fijos en aquella frente inclinada; pero alzando la cabeza exclamó:

— La primera impresion me ha trastornado; pero lo que es ahora, todo está concluido.

— ¡Todo! repitió el coronel con un acento de duda.

— Sí, todo, Hermann mío; pero hablemos de vos, de vos que tan generosamente habeis socorrido á una mujer abandonada por todo el mundo, de vos á quien he ultrajado con mis indignas sospechas. ¡Oh! Hermann, ¡cuan noble y bueno sois!... Tengo orgullo en poder admiraros tanto como os amo!

— ¡Oh! en cuanto á eso, quiero muchísimo mas amor que admiracion, repuso con una alegría cariñosa.

Lavinia continuó:

— Hablemos de Luis... es muy extraño que yo pueda pronunciar este nombre sin turbarme, y que pueda considerar con calma un pasado que él turbó tan profundamente; pero la carta que arrancó para siempre su pensamiento de mi corazón me revelaba el secreto de un amor culpable, al que se habia entregado casi al dejarme á mí. Sabia que en sus paseos á los baños de... habia encontrado á una jóven que llamó su atencion y con quien entró en relaciones... Hermann, os enseñaré la carta, ahora no tengo ya ni vergüenza ni sentimiento en mostrársela, vereis como es imposible que yo continuara amando á semejante hombre. Pero ¿porqué casualidad Maria estaba en los baños?

— No estaba en los baños, sino en las cercanias, en casa de unos parientes de su madre.

— ¡Pobre, pobre Maria! le cruzó libre y vió en él todo lo que puede seducir á una mujer inexperienced.

— ¡Era un desgraciado! exclamó Hermann, y ahora, mi Lavinia, puedo decirte porqué aquella extraña conducta que despues de Luis sorprendia á todo el mundo, me inspiró hacia tí una simpatia irresistible. En aquella altiva indiferencia veia yo la fuerza de una naturaleza cuyos principios triunfaban del amor, pues adiviné que Luis te habia revelado su traicion antes de morir.

— ¿Y cómo supiste, Hermann, la desgracia de Maria, y cómo supo ella misma que habia sido engañada?

— En la hora de la separacion la declaró no solo que la dejaba para siempre, sino que estaba comprometido con otra; entonces la dijo lo que la pobre jóven repetia á menudo: « Maria, vive persuadida de que no la perteneceré á ella mas que á tí; el cielo me llamará en breve á su tribunal, y aun cuando el Juez Supremo debiese olvidarme largo tiempo aun, á nadie llamaré mi esposa despues de haberte llamado á tí mi amada. » Y la pobre Maria no solo le perdonó, sino que le llenó de bendiciones y le pidió que revelara el secreto de su falta á la mujer á quien ultrajaba con su conducta. El baron partió, ella partió tambien, pero en su angustia por el dolor que habia de causar á su madre, y en su irresolucion, me eligió por confidente, y yo preparé á la pobre madre á recibir un golpe que soportó con la inagotable resignacion de su piadosa naturaleza. Hasta mucho despues no supo Maria con quién debia casarse Luis, y por eso no podia verte sin una profunda emocion. Temiendo que ciertos rumores de un amor ilegítimo que suponian la habia tenido yo, llegasen á tu conocimiento, quiso ella revelarte la historia de su vida, pero yo me opuse, no creyendo posible que te hubiesen ocurrido tales recales. Ahora lo sabes todo, Lavinia; ya no queda entre los dos secreto alguno.

— Gracias, Hermann, contestó la jóven apoyando su frente en el hombro de su marido, ahora soy dichosa.

Las tinieblas del crepúsculo se habian extendido hacia rato sobre las montañas que rodeaban el Rosenberg; la luna habia salido y derramaba sus rayos plateados como una luz serena sobre las blancas paredes de la casa. Habia en el aire tibio de aquella noche de otoño una especie de paz gloriosa que llenaba los corazones de éxtasis y de amor.

— ¿No tiene que llevarnos á la iglesia el postillon? preguntó Lavinia riendo.

— ¡A la iglesia! repuso Hermann sacado súbitamente de la meditacion en que se hallaba sumergido.

— ¿No fué esa la orden que os oi dar hace un año cuando me traiais al Rosenberg?

— ¡Vengativa! Creia que en vos todo era angelical: ¿tendreis tambien algo de diabólico?

Lavinia se sonrió.

— Mira cómo chispea la lumbre en las chimeneas, hasta se nota su resplandor por entre las cortinas. Vuestro correo ha llegado á tiempo, todo lo han encendido.

— Sí, y tambien mi maldito cuarto de soltero. ¿Sabes lo que he pensado, Lavinia? Quiero hacer de la antigua

habitacion de las niñas mi gabinete de trabajo; está cerca del tuyo, y así no tendré necesidad de subir y bajar constantemente.

— ¿Y si yo en mi sabiduría decidiera que os hallarais demasiado expuesto a las distracciones tan cerca de mí, y con este motivo trasportara mi gabinete de trabajo a vuestros antiguos aposentos, cuya vista me agrada soberanamente?

— Entonces me ahorraría el trabajo de una mudanza, respondió sonriendo el coronel... ya han oído el ruido del carruaje y salen á recibirnos... ¡Oh! ¡Mi querido Rosenborg!... ¡Nuestro Rosenborg!...

— Si, nuestro Rosenborg, repitió Lavinia conmovida; ¿y sabes porqué á mi también me gusta tanto? Primero, porque no le has heredado de tu difunta esposa, y después, porque tuviste la generosa atención de alejar de él á mi llegada todo cuanto habría podido recordarme.

Hermann la estrechó silenciosamente en sus brazos; el coche se detuvo, y lo mismo que el primer día, el mayordomo y la criada estaban de pié sobre los escalones del peristilo; pero una expresión de radiante felicidad se pintaba en sus rostros.

Así que los amos entraron en el salón, Teresa tomó la palabra y dijo con un tono retumbante:

— Voy á tomarme la libertad de decir á mis queridos amos que han llegado en un momento feliz, pues el sargento y yo... ¿dónde has ido, Stacke?... ven aquí á recibir las felicitaciones de nuestros amos... no hacemos mas que una persona; estaba convenido en silencio hace ya años.

— Efectivamente, repuso Stacke, convenido en silencio...

— ¡Dios os bendiga, amigos míos! dijo el coronel tomándoles la mano con cariño; me prometo que si cada uno de vosotros gana mucho en este enlace, el Rosenborg no perderá nada, y que no le abandonarán ni su inspector ni su activa vigilanta.

— Y yo espero también, que cuando ya Teresa no pueda ayudarme con su concurso, me ayudará siempre con su experiencia y sus consejos, dijo Lavinia.

Teresa les dió gracias con un torrente de palabras encargándose de interpretar el silencio de su marido, quien en su apuro para representar el papel de esposo trataba de hacer una retirada honrosa. A decir verdad, el pobre mayordomo no podía explicarse cómo había tenido la audacia de declarar sus sentimientos á una mujer tan superior como Teresa Brunsberg. Ni aun recordaba que hubiese hecho tal declaración, pero la digna mujer tenía un modo particular de interpretar el silencio del prójimo, y ella aseguraba que aquel silencio había sido tan expresivo, que nadie podía dudar su significación: por lo tanto, era preciso aceptar la felicidad que se ofrecía de aquella manera.

Ahora que los criados se habían retirado, los dos esposos se paseaban del brazo por el cuarto de Lavinia. Una bugia acababa de consumirse en el cristal de un candelabro, y la luna enviaba un rayo virginal al aposento á través de la ventana entreabierta y de los cortinajes levantados.

Hermann se inclinó hacia el balcón.

— ¿Cual de esos astros que nos miran habría pensado hace un año alumbrar tanta alegría en nuestros dos semblantes? Mira, amada Lavinia, cuán puro y suave es ese rayo de luz que se desliza sobre el cortinaje sombrío de la alcoba; ¿le ves?

— ¿Y ves tú cómo brilla sobre las flores de mi ventana?

— ¡Esas flores! Son las convidadas á tus bodas, mi amada Lavinia.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Longchamps reemplazado por las carreras de caballos. — Modas nuevas. — Los salta en barca. — Confecciones decretadas por la elegancia. — De la forma de los vestidos actuales. — El vestido emperatriz. — Trajes de primavera y de soirée. — Sombreros á la orden del día. — El sombrero Pamela y los sombreros con corbata. — Otros sombreros nuevos. — Lista de las principales personas que asistían á las carreras del bosque de Boulogne. — Los carruajes. — El coche amarillo del marqués de Gallifet. — Descripción del figurin de este número que representa los últimos trajes de baile de la temporada.

Longchamps ha muerto, pero en cambio tenemos las carreras de caballos de la Marche y del bosque de Boulogne, donde se producen las actualidades de la moda.

Dentro de pocos años el paseo del día de viernes santo no tendrá nada de particular. A decir verdad, ya era tiempo de que se acabara la tal costumbre que tuvo su razón de existir en otras épocas, pero no en las actuales. Hoy que ya no hay convento de Longchamps, no hay motivo para la romería, y por lo tanto no existe el pretexto del famoso paseo. Además tampoco es el viernes santo un día que la moda deba elegir para teatro de sus hazañas primaverales.

En cambio, las carreras del bosque de Boulogne han sido un verdadero Longchamps. ¡Qué de lujo, y sobre todo qué modas tan imposibles y ridículas!

Las confecciones, después de haberse hecho muy largas, se han recortado de tal modo que les llaman *salta en barca*; la expresión es poco distinguida, y es de creer que la moda en cuestión no tenga muchas partidarias.

Se vuelve á los cuellos, ó las esclavinas y á las rotondas guarnecidas de guipure y encaje.

Hé aquí las confecciones decretadas por la moda:

El *parisien*, pequeño paletó muy corto de tafetan negro, que

se hace de varias maneras con solapas de bordado y pasamanería, con pliegues ó un volante de guipure.

El *gandin*, otro pequeño paletó de paño color de tórtola bordado de trencilla negra. Para campo y para visitas de día no hay nada mas ligero.

Por último, citaré la esclavina *Gil Blas*, de paño gris, enriquecida con un bordado morisco; la retonda *Maintenon*, de cachemira violeta ó negra con guarnición de guipure, para reemplazar los pañuelos de cachemira; el chal *Ferraris*, de tafetan negro; la *Fontanges*, especie de mantilla, y la *polaca*, mas ó menos ajustada.

De las confecciones pasemos á los vestidos.

El corte continúa siendo el mismo este invierno; se hacen muchos con pequeñas faldetas y con chalecos. Parece mentira, y sin embargo es ciertísimo; la moda gira continuamente en un círculo vicioso. Las mangas demasiado anchas nos devolvieron las mangas estrechas, y las faldas de cola nos traerán los vestidos cortos.

El vestido emperatriz, esto es, cortado con faldetas y al sesgo, sienta perfectamente á las señoras un poco robustas, porque las hace parecer mas altas y delgadas de lo que son.

Entre las últimas novedades citaré el vestido *Indiana*, de gró de Atenas, color violeta de Parma, adornado de palmas de cachemira y guarnecido de Chantilly que sostiene los pliegues huecos del bajo de la falda. Las costuras del cuerpo están cubiertas de entredos de cachemira con ribete de encaje, y se continúan hasta 30 centímetros del bajo de la falda.

Sobre este vestido se pone una pequeña pagoda de cachemira de las Indias guarnecida con un gran volante de encaje, y con un pequeño capuchon de Chantilly.

Después citaré igualmente estas novedades:

Un vestido de tafetan esmeralda con un gran volante en el bajo de la falda, guarnecido de gruesas ruches de dos colores. Las tres costuras del delantero, así como los pliegues del volante, están sembrados de pouffs de dos colores. Las mangas y los bolsillos milaneses llevan el mismo adorno de la falda.

Otro vestido de tafetan gris avellana, hecho de modo que parece tener dos faldas. El bajo se termina con dos pequeños volantes de dos colores, Habana y gris avellana. Por los lados la falda está adornada con dos pequeños volantes de dos colores.

Otro vestido de tafetan negro y blanco de cuadrillos, adornado con dos sesgos de tafetan negro y siete hileras de trencilla gris y negra. El cuerpo es de punta por delante y de faldeta postillon por detrás. Un sesgo de tafetan negro ribeteado de trencilla rodea la escotadura y describe sobre el delantero como una chaquetilla redondeada.

Otro vestido de tafetan de mil rayas grises y blancas adornado por abajo con dos bullones de tafetan gris separados por un plegado de tafetan malva. A la cabeza del segundo bullón hay también un plegado. El cuerpo está adornado con tirantes figurados por un plegado malva. Cinturon largo de cinta; mangas de una anchura ordinaria con plegados malva. Botonadura de amatistas en el cuerpo; chal parecido al vestido.

He ahí los trajes mas bonitos de esta primavera.

En cuanto á vestidos de soirée, voy á citar uno de tafetan blanco cubierto con dos faldas de tarlatana, sobre las cuales cae una rica túnica de Chantilly, recogida á la Camargo con cordones de primaveras color de rosa. Una guirnalda de esas mismas flores rodea la orla de las faldas de tarlatana. Nada mas lindo que este traje. El cuerpo lleva draperías Sevigné veladas con un encaje negro, y estas draperías, así como las mangas, están sembradas de ramitas de primaveras. Completa el prendido una diadema de las mismas flores.

Pasemos á los sombreros.

Toda señora que quiere llevar en Paris un sombrero elegante se dirige á Alejandrina, que tiene siempre las invenciones mas originales.

Alejandrina pone corbatas á sus sombreros, y puedo asegurar que nada es mas precioso que una capota de tafetan malva y crespon, con fondo á la Pompadour, y dos ó tres gruesos lazos de variados matices sostenidos por una corbata negra con puntas sueltas y bordadas de florecillas. Cintas de dos colores, malva y lila. Si se hace de color de rosa, la que lo lleva parece tener por sombrero una de aquellas gruesas rosas fantásticas que Su Majestad la emperatriz Eugenia lucía este invierno en los bailes.

Pero la gran novedad de la primavera es el sombrero Pamela, de paja de arroz, orlado de terciopelo negro y adornado con dos camelias que forman lazo sobre el ala muy rebajada. En el interior cocas de tul Malinas y de terciopelo negro á guisa de blondas. Bavolet de paja y cintas blancas festoneadas que parten del bavolet.

A decir verdad, la forma del sombrero Pamela es indescribible. Tiene el ala suavemente inclinada, sin estar baja, y proyecta sobre los ojos una media tinta poética hasta lo sumo.

El sombrero Pamela está dedicado á las hermosas.

Otros sombreros hay también que merecen ser citados.

Uno de paja de arroz con fondo de blonda y sesgo de cinta rosa que sostiene un grueso pouff de cocas de cinta de tres matices, que recuerdan la rosa de cien hojas. En el interior cocas de tul Malinas, con una listita de terciopelo negro á guisa de blonda. En el borde del ala dos ramajes de rosas describen como una guirnalda y florecen en el interior.

Otro de crespon blanco con ala plegada y fondo compuesto de trenzas de paja de Italia enlazadas una en otra. Al lado un ramillete de geranio purpurino en su follaje natural. Sobre el ala un lazo de paja con las puntas sueltas. En el interior adorno de tul y ramillete de geranio; cintas blancas.

Otro con ala de paja de arroz y el fondo de blonda, con bavolet de blonda también, sostenido por cocas de cinta lila, sobre el cual hay un adorno de cintas de Persia colocado con una ligereza encantadora. En el interior, ramo de lilas; cintas de color de lila.

Otro de paja de Panamá adornado con una guirnalda de pámpanos florentinos que sostienen sobre el fondo dos plumas color de violeta que caen sobre un bavolet de blonda y de encaje.

Me detengo para hablar un poco de la alta sociedad parisienne, á propósito de las carreras de caballos del bosque de Bou-

logne, que han estado brillantes como nunca, gracias á una temperatura de primavera.

A las tres de la tarde todos los puestos del anfiteatro estaban ocupados por la concurrencia mas escogida. Pongamos aquí algunos nombres. Estaban allí la princesa de Ligne, la duquesa de Valençay, la condesa Apprui, la duquesa de Albufera, la condesa Walsh, la condesa de Behague, la condesa de Aramon, la condesa de Gréfulhe, la marquesa de Gallifet, la condesa de Ganay, la vizcondesa de Courval, la duquesa de Maillé, la vizcondesa de Nadaillac, la condesa de Persigny, lady Cowley, lady Teodora Wellesley, lady Spencer, lady Lydney, la condesa de Pourtalés, la condesa de Loventhal, la baronesa Schickler, la baronesa Bourgonig. Las señoras de Gallifet, Lolanger y de Assuilly llevaban preciosos vestidos de color de malva y lila.

El campo de las carreras contenía un crecido número de hermosos carruajes. El mas extraordinario era el del marqués de Gallifet, caja de color amarillo, y estilo inglés puro; el cochero y el lacayo llevaban pelucas empolvadas.

Terminaremos con la descripción de nuestro figurin que representa trajes de baile, los últimos de la temporada.

Son las mas bellas novedades que acaba de producir la moda.

Primer traje. — Vestido de tafetan verde esmeralda adornado en el bajo de la falda con siete volantes de tarlatana verde plegada, orlados con una blonda blanca, y entrelazados en ondas redondeadas en seis sitios diferentes al rededor de la falda. Sobre el lado izquierdo hay una rama de rosas con follaje. El cuerpo de este vestido es de punta, y va adornado con una drapería de tarlatana con puntilla de blonda. Las mangas están formadas por varios volantes menudos puestos en el sentido de los que adornan la falda. Sobre cada hombro hay un lazo de tafetan recortado, y en medio del cuerpo una rosa. Tocado acompañado de una rosa. Brazaletes formado de un enlace de oro, con adorno de esmeralda y brillantes.

Segundo traje: vestido de baile. — Falda de tafetan blanco, cubierta enteramente con bullones de tarlatana blanca, cortados de trecho en trecho con un ancho plegado de tarlatana sostenido sobre los bullones por medio de una greca de terciopelo color de cereza. Cuerpo de punta adornado con una berta figurada por un plegado como el de la falda con greca en medio, y después con un rizado en cuyo bajo hay un pequeño volante plegado de tarlatana. Una rama de serbal con follaje adorna el medio del cuerpo. Collar de coral. Rosa montada al estilo antiguo. Pendientes del mismo estilo. Brazaletes con perlas finas y brillantes. Tocado acompañado de ramitos de serbal sembrados entre las cocas y el cabello.

Tercer traje: de niña. — Falda de tafetan adornada con siete hileras de ruches menudas; guimpe suiza abierta; cuerpo ber-nés recortado al rededor en ondas festoneadas. Sobre las mangas de la guimpe, un bullon de muselina con cinta número 4 en torno de la sisa. Tocado adornado con un cordón de no me olvides, y una rosa en medio. Cinta de terciopelo negro en el cuello. Brazaletes de oro.

Ultimo traje: vestido de baile. — Falda de tafetan color de paja adornado con zigzags de encaje negro. Cuerpo cortado en punta con berta compuesta de un volante de encaje ó blonda blanca con lacitos de cinta que caen encima. Tocado adornado con una corona de serbal de oro y follaje. Collar de perlas finas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Banquete italiano en el teatro Naoum

EN CONSTANTINOPLA.

El 19 de enero último la colonia italiana de Constantinopla se hallaba reunida casi entera en un banquete nacional dado en el teatro Naoum para celebrar la fiesta de San José, días de Garibaldi.

La escena y el patio se hallaban transformados en sala de festín. En cuanto se abrieron las puertas, unos quinientos convidados tomaron asiento indistintamente: todas las clases sociales se hallaban confundidas, el artesano se hallaba sentado junto al banquero; la igualdad y la cortesía eran las leyes de esta comida patriótica.

A los postres el señor Barastro pronunció un discurso entusiasta, cien veces interrumpido por los gritos de: *Viva Victor Manuel!*; *Viva Garibaldi!*; *Viva la Italia!*; *Viva Ceruti!* Y á estos vitores se mezclaron los de: *Viva el sultan!*; *Viva el ejército otomano!*

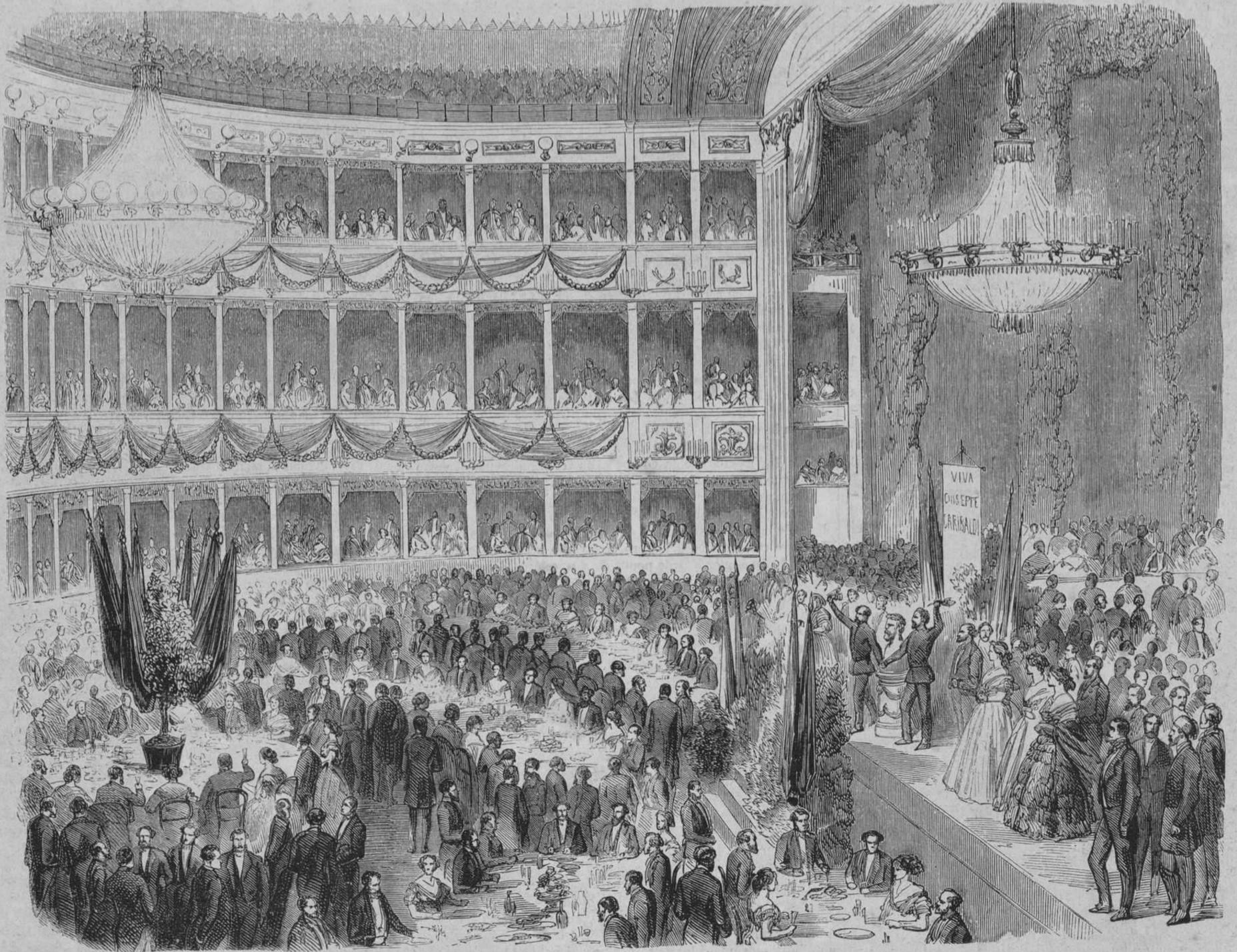
La fiesta era hermosa, imponente, y á nadie sorprenderá en un país que del Archipiélago al Caucaso se halla lleno de los recuerdos de la grandeza italiana.

Al salir del teatro la asamblea se dirigió á la puerta de la legacion de Italia, y dió una serenata al que representa tan dignamente á Victor Manuel. El señor comandante Ceruti salió al balcón y pronunció algunas palabras, diciendo que unia sus votos á los de sus compatriotas por la prosperidad de la patria. P. P.

M. Victor Juan, de Marsella,

CELEBRE JUGADOR AL JUEGO DE LAS DAMAS.

M. Victor Juan, de Marsella, es en el juego de las damas, lo que el americano Morphy es en el del ajedrez. Como este último, no tiene mas de veinte y tres años, y como él también no encuentra rival en el juego. Lo que mas sobresale en su modo de jugar es su extremada facilidad y la rapidez de sus combinaciones para terminar las partidas. En una palabra, M. Victor Juan reúne todas las cualidades que constituyen al jugador de primer orden. C.



Banquete italiano dado en el teatro Naoum en Constantinopla para celebrar los dias de Garibaldi.

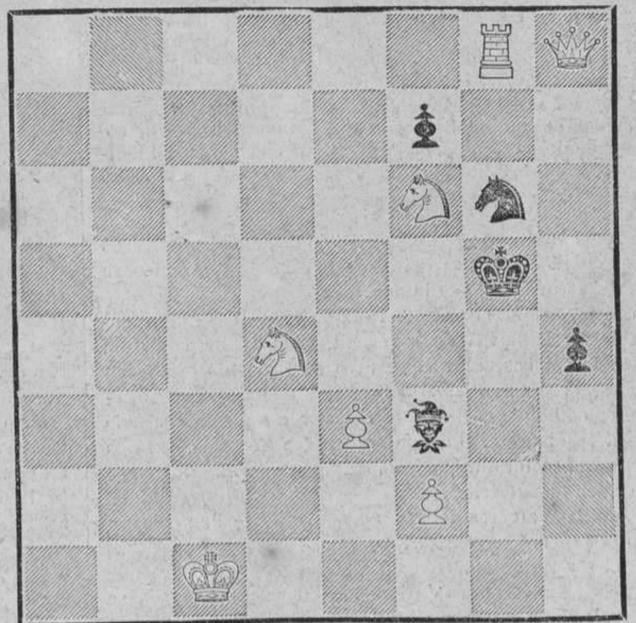
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 6.

- | | |
|-------------|---------------------------|
| 1 R 4ª R | 2 Ra 3ª CRa |
| R 5ª TRa | R 6ª TRa |
| 3 Ra 8ª CRa | 4 Ra 5ª CRa jaque y mate. |
| R 5ª TRa | |

PROBLEMA NUM. 7, POR M. HERR KLING.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.



M. Victor Juan, de Marsella, célebre jugador de damas.